



UNIVERSIDAD ACADEMIA DE HUMANISMO CRISTIANO
ESCUELA DE HISTORIA

REPRESENTACIÓN Y TRASVASACIÓN DE LO FEMENINO EN RELATOS DE
VIAJEROS EUROPEOS EN CHILE. 1817-1829

Alumno: Contreras Rojas, Octavio Raúl
Profesora Guía: Gallardo Porras, Viviana

Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, mención en Estudios
Culturales.

Santiago, 2020

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.	3
CAPÍTULO I: Contexto histórico de Europa y Chile durante 1817 a 1829.	6
1.- Antecedentes históricos.	6
2.- Europa y Chile entre 1817 a 1829.	9
3.- Pensamiento europeo.	14
CAPÍTULO II: Construcción del relato.	20
1.- El viaje: literatura y ciencia.	21
CAPÍTULO III: Los viajeros y su testimonio.	33
1.- Las observaciones y sus relatos.	33
2.- Mujeres y sociedad según los viajeros.	38
3.- El relato femenino.	47
CONCLUSIÓN.	63
BIBLIOGRAFÍA.	67

INTRODUCCIÓN.

El interés por las representaciones europeas sobre los otros nace desde las lecturas sobre teorías presentes al momento en que Colón realiza su primer viaje hacia América. Relativas a longitud de la circunferencia terrestre, la existencia de regiones antípodas que pudieron estar habitadas por distintas especies humanas, o entes que no podrían ser catalogados como parte del género, y a una visión religiosa donde la tierra no sumergida representaba la gracia de Dios hacia los hombres. Constituyeron parte de los múltiples conocimientos que coexistían hacia fines del siglo XV y de los cuales Colón utilizó para proyectar su viaje que desencadenaría en la llegada al continente americano (O Gorman, 1995).

Al momento en que Colón llegó a América, se desencadenaron en su imaginario las representaciones sobre lo que él espera encontrar de oriente, así, la observación de los signos tiene como máxima finalidad el reafirmar la certeza de su llegada al continente asiático, pero también estos nuevos territorios sirvieron para dar cabida a espacios míticos para el imaginario europeo. Colón planteará América como un lugar de naturaleza desbordante, sin civilización y por lo tanto se ve en la obligación de nombrar islas y accidentes geográficos como una forma de tomar posesión de ellos e integrarlos al conocimiento europeo (Todorov,2005).

Considerando la curiosidad previa respecto a la visión del otro, es donde la propuesta de Seminario sobre el viaje, testimonio y escritura por medio de los relatos de viajeros entre los siglos XVIII-XIX, y como esto significó la creación de imaginarios y conocimientos del paisaje y sus habitantes, desencadenó un proceso investigativo enfocado en el conocer cuáles fueron los fundamentos y propósitos para la realización de aquellos viajes. Así, mediante Mary Louise Pratt (2010) se advierte la presencia de dos elementos ya existentes en la visión de Colón, la necesidad de integrar y poseer para el conocimiento europeo, expresado bajo la clasificación de plantas y animales planteada por Carl Linneo en *Systema Naturae*, y la reinención de América como un continente nuevo y de naturaleza exuberante descrito por Humboldt, ambos autores tuvieron una fuerte influencia en los viajeros del siglo XIX, ya que establecieron nuevos métodos de conocer y representar estos

territorios desconocidos bajo la nueva visión europea del mundo, influida por las ideas provenientes de la Revolución Francesa y la Revolución Industrial.

De esta manera es que en este período de complejos procesos históricos tanto en Europa como América donde se sitúan los relatos utilizados en esta investigación, correspondientes a cuatro viajeros europeos de diferentes nacionalidades, ocupaciones e intereses, quienes por medio de sus testimonios reflejaron sus apreciaciones sobre la geografía, el paisaje y los habitantes de Chile, a través de estas fuentes fue posible observar cierta concordancia en las descripciones sobre los paisajes, que pudieron estar fuertemente influidas por lo que se esperaba encontrar en América, así vemos como existió mayor atención a aquellos paisajes atribuidos al continente y una fuerte crítica a aquellos que parecían más comunes, así como también las apreciaciones reiteradas respecto al comportamiento de las mujeres en nuestro país, que sí bien no poseen gran extensión en los textos, si reflejan el interés que despertaron las costumbres femeninas para los observantes, que desde su perspectiva masculina europea intentan clasificar y evaluar a la mujer chilena, constituida como una doble otredad, femenina y americana.

Al momento de identificar este último punto respecto a la perspectiva de los viajeros europeos sobre la mujer chilena, es donde cabe preguntar sobre las influencias culturales que llevaron a los viajeros a la necesidad de evaluar y clasificar sobre lo diferente que le resultaron los comportamientos y apariencias de las mujeres observadas en Chile y como la inexistencia de un sistema de clasificación humana significó la activación de las representaciones europeas y la trasvasación de lo femenino, en contraste con la urgencia científica por la objetividad descriptiva al interior del relato.

Por ello el objetivo general de esta investigación será discutir cómo previo al desarrollo de las ciencias sociales el observador europeo tuvo que recurrir a la subjetividad para describir a las mujeres por medio de su propia representación de lo femenino, originando una trasvasación de conceptos. Para la realización de este objetivo, será necesario abordar una serie de objetivos específicos que tendrán por finalidad conocer y explicar el contexto histórico general en lo que respecta a las

tres primeras décadas del siglo XIX, contemplando los aspectos sociales, culturales y económicos, el analizar la percepción de los viajeros sobre la mujer en Chile considerando los múltiples aspectos que pudieron influir en ella, tales como; religión, clase social, ocupación e intención del viajero, y por último establecer la relación entre la objetividad del análisis de la flora, fauna y paisaje, frente a la subjetividad de la descripción de habitantes y paisajes dentro de la producción del relato.

La metodología utilizada para realizar esta investigación corresponde principalmente a la discusión bibliográfica, que ayudará a construir aspectos relacionados con la literatura de viajes, el contexto histórico y el desarrollo de las ciencias y el pensamiento europeo, además de la utilización de los testimonios obtenidos a partir de los relatos de cuatro viajeros europeos sobre los comportamientos y apariencias de la mujer en Chile, los cuales serán analizados mediante textos relativos a la situación de la mujer en Europa durante el período. Así, el primer capítulo consistirá en describir el contexto histórico, por medio de fuentes bibliográficas, que permitirá situar a los viajeros y a los sujetos que estos observaron, considerando los cambios políticos, sociales y culturales, el segundo capítulo abordará tanto los aspectos teóricos sobre la literatura de viaje como las posibles influencias dadas por la expansión científica en la construcción de los relatos por parte de los viajeros europeos. El tercer capítulo desarrollará la construcción del imaginario femenino en Chile entre los años 1817 a 1829 por medio de la perspectiva de los viajeros otorgadas a través de sus relatos, teniendo en cuenta como en estos existiría la materialización de sus propios conceptos sobre la mujer, influidos por su cultura, motivación de viaje, clase social e incluso la expectativa sobre América, contrastándolo con el relato proveniente de María Graham, lo que otorgara otra visión respecto a las mujeres en Chile.

CAPÍTULO I: Contexto histórico de Europa y Chile durante 1817 a 1829.

1.- Antecedentes históricos.

El comienzo del siglo XIX en Europa se vio influido por la doble revolución (Hobsbawm, 2009), concepto que engloba dos hechos que se desarrollaron de forma autónoma en el continente, la Revolución Francesa y la Revolución Industrial. Resulta claro manifestar que dada la complejidad de los procesos que abarcan no resulta conveniente para los fines de esta investigación profundizar en todos los hechos ocurridos durante el período, por ello es pertinente un enfoque en sus consecuencias dentro de Europa y cómo estas significaron un cambio dentro de la política y economía del continente.

La Revolución Francesa, tuvo cómo principal componente el no haber sido generada por un partido o movimiento político, sino por un grupo social coherente que dio unidad efectiva al movimiento revolucionario, la burguesía, que bajo los ideales del liberalismo clásico se manifestó contra una sociedad jerárquica y los privilegios de la nobleza (Hobsbawm, 2009). Cómo varios autores argumentan¹ la difusión de estas ideas se transformó en una causa nacional, cuyo propósito fue liberar a los pueblos del yugo de la monarquía, lo que tuvo como consecuencia un período de guerras sin interrupciones en el continente entre los años 1792 a 1815.

La expansión francesa no sólo tuvo consecuencias dentro de Europa, la América española se vio afectada gracias a la ocupación de la península ibérica por las fuerzas militares francesas que dieron pie a los movimientos de independencia en el continente. Con la derrota de Napoleón y el tratado de París de 1815 surgieron cuatro grandes potencias dentro de Europa: Inglaterra, Austria, Rusia y Prusia que conformaron una alianza con la finalidad de suprimir cualquier tipo de propagación de una revolución del tipo francesa (Bruun, 1993). La finalización del período de guerras significó el término de las antiguas relaciones de poder dentro de Europa, los Estados pasaron a tener límites coherentes, fronteras bien definidas y

¹ Bruun, G. (1993). *La Europa del Siglo XIX (1815-1914)*. Santiago, Chile: Fondo de Cultura Económica
Croce, B. (1996). *Historia de Europa en el siglo XIX*. Barcelona, España: Ariel
Moose, G. (1997). *La cultura europea del siglo XIX*. Barcelona, España: Ariel

governadas por una autoridad soberana conforme a la ley, adoptaron además el código civil napoleónico y mantuvieron la modernización de las instituciones estatales.

Por su parte, la Revolución Industrial señalada por Hobsbawm (2009) como un proceso sin principio ni fin, cuyo principal valor consistió en un constante avance en la técnica industrial que constituyeron cambios revolucionarios permanentes. Sus consecuencias fueron variadas y complejas, desde el cambio en la explotación de materias primas e industrialización de las manufacturas, desarrolladas en un principio para la extracción de algodón y la industria textil, las migraciones campo ciudad como resultado del cambio de la productividad de la tierra, la modernización de los medios de transporte y lo que resulta más relevante para este capítulo, el capitalismo industrial que significó una expansión en el dominio comercial inglés por el globo (Bruun, 1993). Inglaterra, país de origen de la Revolución Industrial, comenzó a establecer un monopolio comercial en los territorios de África, Asia y América que se vio favorecido por la guerra en Europa que prácticamente eliminó a los competidores dentro del mercado mundial, a causa de la ruptura del control de España y Portugal, el continente americano pasó a depender casi por completo de las importaciones británicas (Hobsbawm, 2009), situación de dependencia que se mantendría durante todo el período.

Posterior a 1815 la historia europea se podría sintetizar según lo planteado por Bruun (1993) como la defensa de tres factores: político, naval y económico. El primero correspondió a la reformulación del mapa político europeo, mencionado anteriormente, el factor naval apuntó hacia la supremacía inglesa y a la inexistencia de alguna potencia que fuera capaz de superar el control de su flota, y por último lo económico correspondió a la mecanización de la industria, el aumento de la producción y el cambio del capitalismo.

En América, los dos fundamentos del Estado imperial español entraron en crisis, el origen divino del poder centralista del monarca y la unidad monopólica del mercado intercontinental, esta última experimentó un proceso de decadencia hacia fines del siglo XVIII debido a la liberación de los puertos en América, hecho que generó la

reducción de los ingresos para la metrópoli obligando a incrementar la tributación fiscal mediante la venta de cargos públicos y a monopolios estatales como el tabaco. Esta mayor tributación recayó en los sectores que operaba como protegidos, aliados y escudos políticos del Rey, por otra parte, Salazar (2010a) afirma que: “la mano invisible del mercado obligó al Estado imperial a expropiar a los estratos plebeyos y productores y a fortalecer al patriciado mercantil español y americano” (p.24). En el plano de la representación política de la Corona en América, ésta se vio disminuida como consecuencia de la usurpación del trono español por parte de José Bonaparte en 1808, la historiografía tradicional representada por Encina también señala la crisis del gobierno español debido a la intervención napoleónica y agrega que frente a esto los criollos revolucionarios manifestaron el deseo de gobernarse a sí mismos, pero bajo la autoridad del Rey legítimo (Encina, 1954), Vitale (1971) por su parte señala que la lucha por la independencia consistió en una revolución política de carácter separatista frente a la decadencia de la autoridad Europa.

La revolución de 1810 no significó un cambio en la estructura socioeconómica heredada de la colonia, lo que mantuvo el carácter dependiente de la economía nacional, por esto no se puede clasificar como una revolución democrático-burguesa ya que no realizó cambios destinados a la modernización de la economía nacional, como una reforma agraria o las bases de una industrialización, principalmente porque la clase dominante criolla seguía comprometida con la tenencia de tierras y la exportación de productos agropecuarios y mineros, lo que reforzó la economía exportadora dependiente en desmedro de un proceso efectivo de liberación nacional. Por lo tanto, la única tarea democrática que cumplió la burguesía criolla fue la independencia política formal frente al Imperio español (Vitale, 1971).

Luis Vitale (1971) establece que en el proceso de la revolución por la independencia política del país se distinguieron cuatro períodos fundamentales; el período centrista, cuya principal característica fue la concentración del poder en manos de la burguesía criolla moderada que aún no se encontraba decidida a terminar abiertamente con la Corona principalmente por temor a perder parte de su riquezas

en un enfrentamiento armado, además de la pérdida del mercado peruano por la finalización de las relaciones con el Virreinato del Perú. El fin del período centrista está marcado por el ascenso al poder de José Miguel Carrera, que da inicio al período izquierdista, que dentro de sus principales características se encontraron las medidas para la creación de un Estado independiente como la promulgación de un Reglamento Constitucional en 1812, que en su artículo V establecía que “ningún decreto, providencia u orden, que emane de qualquiera (*sic*) autoridad o tribunales de fuera del territorio de Chile, tendrá efecto alguno; y los que intenten darle valor, serán castigados como reos del Estado”, esto marcó una ruptura definitiva frente a la autoridad de la metrópoli. El fin de este período se enmarca en el proceso de restauración del absolutismo en España, que significó el inicio del período contrarrevolucionario, conocido tradicionalmente como reconquista, y por último la consolidación de la independencia durante el gobierno de O’Higgins.

2.- Europa y Chile entre 1817 a 1829

A diferencia de lo ocurrido entre 1792 a 1815 caracterizado por una constante guerra, le siguió un período de paz de aproximadamente cien años (Hobsbawm, 2009), basándose en el equilibrio político, naval y económico (Bruun, 1993) y en la influencia que tuvieron las potencias vencedoras como reaccionarias frente a cualquier amenaza de una revolución, que significaría una nueva catástrofe para Europa (Hobsbawm, 2009). En consecuencia, frente al temor que las ideas de la Revolución Francesa se propagaran los gobiernos inglés, ruso, austriaco y prusiano concertaron en 1815 un pacto de amistad de veinte años, y con la consolidación de la restauración borbónica en Francia se transformó en una quintuple alianza con el propósito de intervenir de forma conjunta en los asuntos de naciones perturbadas. Tal determinación no fue el único fin de la alianza, la que realizó una reorganización del mapa europeo en beneficio de las potencias pertenecientes y en detrimento de las naciones aliadas a la revolución, Hobsbawm (2009) hace hincapié en que dicha reorganización fue realizada sin tener en consideración las aspiraciones de los pueblos, sino atendiendo al equilibrio de las cinco potencias surgidas de la guerra, las cuales se repartieron territorios dentro del continente con excepción de Inglaterra

que no tenía ambiciones territoriales dentro de Europa. Austria, Rusia y Prusia constituyeron la fuerza terrestre europea y también fueron los representantes de las monarquías absolutas al interior del continente, de estos tres países sólo Rusia podía ser considerada como una verdadera potencia militar, que se vio favorecida con la anexión de vastos territorios como: Finlandia, Besarabia y gran parte de Polonia. Con respecto a Austria y Prusia, Hobsbawm (2009) señala que estas eran solo consideradas potencias por cortesía y que su principal propósito era actual como estabilizadores europeos, lo que no tuvo relación con la recuperación y anexión de terreno lograda.

Bajo este esquema político de repartición territorial, los ingleses vieron favorable las anexiones de estos tres países, ya que significaron el control de los territorios circundantes y correspondió a una estrategia para desarticular los pequeños principados y territorios que apoyaron las ideas de la Revolución Francesa. A pesar del apoyo inicial Inglaterra comienza a distanciarse respecto a las posturas ideológicas simpatizantes al absolutismo, y debido a la autoridad de la Alianza de entrometerse en los asuntos de la política externa significó la posibilidad que estas intervinieran en América, lo cual suponía un peligro para Inglaterra principalmente por los marcados intereses económicos en el continente (Hobsbawm, 2009). Al desaparecer gran parte de los rivales comerciales en consecuencia de las guerras europeas, el impulso dado por la Revolución Industrial significó para los ingleses grandes inversiones de capital, la aparición de expertos en el campo de la mecánica y la química, máquinas de vapor y la mayor penetración de sus productos tanto en Europa como en el resto del mundo.

El liderazgo inglés se incrementó después de 1815 coincidiendo con el auge del comercio de exportación y del capitalismo industrial, donde las clases acomodadas comenzaron a invertir el exceso de riqueza en las industrias recientemente mecanizadas, lo que se manifestó en la irrupción de productos ingleses, siendo su mayor exponente el algodón representando entre el 40% al 50% de las exportaciones. En contraparte Francia, que fue una potencia comercial antes de la revolución, recién hacia 1825 recuperó y asimiló los volúmenes de su comercio

exterior precios a 1879 (Bruun, 1993). Hobsbawm y Bruun concuerdan en el apoyo dado por Inglaterra a los países latinoamericanos, pero fundamentado en el interés económico que despertó el territorio.

Con el fin de las guerras napoleónicas y la restauración borbónica en España significó un proceso de reconquista del continente americano. En el caso particular de Chile este fue reconquistado por el ejército comandado por el general Mariano Osorio en 1814, Luis Vitale (1971) señala que a pesar del triunfo de la contrarrevolución fue en esta etapa donde se lograron las mejores voluntades para acceder a la independencia, debido que se produjo un frente único a pesar de las diferentes facciones políticas, con la finalidad de expulsar a los españoles, y agrega que durante esta etapa hubo una importante incorporación de los sectores populares en el proceso revolucionario, quienes no reaccionaron como adhesión a sus patrones criollos, sino como rechazo frente a los abusos cometidos por los españoles.

Con el término del control español en Chile dado por las batallas de Chacabuco y Maipú, en conjunto con la declaración de la independencia el 12 de febrero de 1818 se dio inicio al gobierno de Bernardo O'Higgins, uno de los líderes en la lucha contra las fuerzas realistas. Dentro de sus primeras medidas de gobierno estuvo el desarme de los contrarrevolucionarios mediante la expropiación de sus riquezas y destitución de sus funciones administrativas (Vitale, 1971), además de la supresión de los escudos de armas y otros signos de nobleza, denominado por Encina como la guerra contra los prejuicios (Encina, 1954).

La principal oposición hacia el gobierno de O'Higgins provino desde los terratenientes, encausadas según Encina por los Carrera bajo acusaciones de huacho y provinciano intruso (Encina, 1954), en contraste Vitale (1971) rechaza tal argumento calificándolo de superficial, y apunta a la imposición de fuertes contribuciones aplicadas a comerciantes y agricultores para sostener económicamente al ejército libertador de los Andes. La administración de este ejército era difícil de mantener y es señalado por ambos autores como una de las causas de la crisis del gobierno de O'Higgins, Encina (1954) culpó a la organización

del ejército como un caldo de cultivo de inmoralidad en consecuencia que el personal básico para sostener los suministros eran empleados ineptos y de dudosa moralidad, Vitale (1971) argumenta que el descontento de la burguesía criolla estaba basado en que las entradas del fisco no eran utilizadas en beneficio de los intereses particulares de su clase, sino en mantener al ejército libertador, quienes los consideraban una carga para la economía nacional presionando su partida hacia Perú con doble propósito, reabrir el mercado del trigo chileno y exigir un reembolso de los gastos del ejército libertador de los Andes, pretensión compartida por la burguesía argentina respecto a Chile.

La intención de abolir los mayorazgos y construir un cementerio en Santiago generó tensiones con la Iglesia, la que acusó a O'Higgins de mostrar preferencia hacia "gringos" y argentinos. Una profunda crisis económica y política en las provincias también afectó la imagen del gobierno de O'Higgins, el cual, para alivianar la tensión entre las provincias de Coquimbo, Concepción y Santiago, decidió suprimirlas, remplazándolas por departamentos y distritos, que bajo las facultades dadas por la constitución de 1822 el director supremo tenía la capacidad de nombrar gobernadores (Encina, 1954). Para Vitale (1971) este excesivo centralismo fue el factor decisivo en la caída de O'Higgins, que dio inicio al siguiente período de la Historia de Chile, denominado por este autor como la rebelión de las provincias.

Bajo el concepto de rebelión de las provincias, se entiende a lo que la historiografía tradicional denomina anarquía, asociada a la oscuridad y caos en el país, pero la característica principal de este período es la constante tensión entre las provincias que aspiraban a mayor representación en el gobierno central y a una mejor repartición de los bienes recaudados por la aduana. Esta inestabilidad política llevó a una sucesión de ascensiones y destituciones, una rotativa de numerosos gobiernos, la promulgación de tres constituciones, lo que hizo según Vitale (1971) que "el lector perdido ante tantas tendencias que se disputaban el poder sin motivo aparente, renuncia a explicarse las raíces profundas que condicionan el período 1823-30 y termina por aceptar el nombre anarquía" (p.90).

De alguna forma esta rebelión de las provincias se vio reflejada en los diversos intereses de las zonas económicas del país, relacionadas desde inicios de la colonia con la formación de tres bloques regionales; Coquimbo, Santiago y Concepción. La intendencia de Santiago, que incluía desde Valparaíso hasta el Maule fue el asiento del gobierno español y con posterioridad casa del gobierno central, donde se canalizaban las entradas de la aduana y los demás ingresos fiscales, Santiago no solo fue el epicentro político, sino también la base del poderío de la burguesía comercial y terrateniente. La intendencia de Coquimbo que comprendió el actual norte chico fue el principal centro minero y la columna vertebral de la economía del país, y por último la intendencia de Concepción que abarcó desde Talca al sur, no sólo era el centro militar más importante, sino la principal zona triguera y viñatera (Vitale, 1971). Uno de los principales problemas en esta organización territorial, fue la ubicación de la aduana en Santiago, lo que significaba que las entradas del comercio se quedaban en la capital y eran destinadas casi en su totalidad a los intereses de los terratenientes y comerciantes de la zona, así el espacio agro-mercantil, como se refiere Salazar al triángulo formado por Valparaíso, Santiago y los Andes, era el cual establecía las prioridades comerciales y fijaba los aranceles (Salazar y Pinto, 2010a).

La economía chilena no tuvo un cambio significativo desde la colonia, manteniendo la vocación exportadora de materias primas iniciada en la conquista, principal motor de crecimiento económico, y el comercio de importación de materias primas (Salazar y Pinto, 2010a). Con el proceso de independencia y la apertura de los puertos, el país se abrió a la llegada de numerosos comerciantes extranjeros que negociaban principalmente bienes manufacturados, plasmado en la importante inserción de mercaderías de origen inglés, francés y norteamericanas durante el período 1829-1830, referente a esta amplia penetración de productos manufacturados se pudieron observar al menos dos consecuencias, la primera relativa al declive de las industrias regionales dadas por la enorme influencia política de las casas mayoristas en contra de medidas proteccionistas gracias al poco interés demostrado por la burguesía criolla enfocada principalmente en mejores precios y mercados para la exportación de materias primas. La segunda

consecuencia podría ser catalogada de un carácter cultural, debido al abundante flujo de mercancías europeas, de mejor calidad y precios, significaron un cambio en los gustos de la población criolla, generando un proceso más cosmopolita y extranjerizante (Vitale, 1971). Esto se relaciona directamente con la composición oligárquica de los sectores dominantes en Chile, lo que significó la recurrente ocupación de los roles del sistema político por una misma red social, profesional o ideológica de individuos, en desmedro de una efectiva interacción ciudadana, y los pertenecientes a esta oligarquía nacional siguieron siendo hasta la década de 1830 un grupo que basó su poder social, político y económico en una estructura agraria, más proclives al gasto que a la inversión (Salazar y Pinto, 2010a). El único cambio relevante respecto a la economía se vio reflejado en quienes comerciaron con Chile, dejando de lado el monopolio español, las potencias europeas vieron en a todo el continente como un espacio nuevo para sus ambiciones comerciales, comprar materias primas a bajo costo y vender sus productos manufacturados.

3.- Pensamiento europeo.

Así como las guerras napoleónicas, los avances de la industrialización y el desarrollo comercial dejaron su marca en Europa y se propagaron por el resto del mundo, también lo hicieron la cultura e ideas, ya sea por medio de la dominación política o influidas por el comercio, resulta importante conocerlas para poder comprender el pensamiento europeo y el posible sesgo frente a la percepción por parte de los viajeros europeos sobre Chile y sus habitantes.

Dentro de las características fundamentales del período prerrevolucionario se encuentra la fuerte influencia de la religión en el pensamiento de la población, a excepción de los sectores más cultos y educados de la sociedad quienes comenzaron a desarrollar cierta hostilidad y desprecio frente a la religión, propiciando un proceso de descristianización masculina a fines del siglo XVIII y principios del XIX. Tal proceso no significó un aumento del ateísmo, sino que una disminución del cristianismo practicante y declarado (Hobsbawm, 2009). Con la Revolución Francesa comenzaron una serie de transformaciones políticas y sociales impulsadas por el pensamiento ilustrado, cuyo principal objetivo era liberar

al individuo de la opresión dada por el tradicionalismo ignorante, la superstición de la Iglesia y las divisiones jerárquicas entre los hombres. Quienes sustentaron esta ideología fueron los hombres nuevos, de talento y méritos independientes del nacimiento, provenientes desde los sectores medios de la sociedad, que darían origen a un orden burgués y capitalista (Hobsbawm, 2009).

Para Hobsbawm (2009) la gran revolución no fue el triunfo de la libertad y la igualdad en general, sino de la sociedad liberal burguesa, rigurosamente racionalista que estaba convencida de la capacidad del hombre de entender y resolver los problemas mediante la razón y un penetrante individualismo. Además, el liberal burgués no era un demócrata, más bien un constitucionalista creyente en un Estado secular que otorgase libertades civiles y garantías para la iniciativa privada, y que se encontrase gobernado por contribuyentes y propietarios.

La ideología liberal burguesa se manifestó de forma económica y política en Europa, siendo la primera la más coherente durante este período, ya que propició la modificación sobre la tenencia de la tierra bajo el contexto de la industrialización de la agricultura, donde se convirtió en un objeto de comercio que debía ser poseída por propietarios privados que fueran capaces de enajenar y desarrollar la productividad de sus recursos, para un mercado consciente de sus intereses y provechos, para lograr este objetivo gran parte de la población debía transformarse en jornaleros libres y móviles que prestasen servicios al creciente sector industrial (Hobsbawm, 2009). Para el capitalismo basado en la inversión industrial y la preponderancia de la propiedad privada dentro de los factores de producción, los mayores obstáculos fueron los terratenientes precapitalistas y el campesinado tradicional (Bruun, 1993). Este cambio sobre la tenencia de la tierra se puede observar en la inquietud proveniente desde ciertos testimonios dados por los viajeros utilizados como fuentes en esta investigación frente a terrenos fértiles sin ningún tipo de ocupación, parte de su pensamiento moderno buscó inmediatamente un fin productivo de estos espacios, reflejado en críticas que se refieren a los campos entre Valparaíso y Santiago como “los más desolados, estériles y sin cultivo” (Medina, 1928, p.24), el “escaso aprovechamiento de las tierras fértiles”

(Poeppig,1960, p.120) y que a pesar de la fertilidad de los terrenos dadas por las características del suelo, las pocas condiciones técnicas, no permitirían su total desarrollo (Haigh, 1917).

En el plano político, el liberalismo no contó con un discurso unificado, se encontraba dividido en dos discursos sobre la formación del gobierno, una de ellas creía en la existencia de un gobierno popular que debía ser el resultado de una movilización de las masas, mientras que la otra más generalizada sostenía que el gobierno debía estar a cargo de una minoría selecta (Hobsbawm, 2009). Los detractores del liberalismo apuntaban a que destruía el orden social del hombre, sustituyéndolo por una anarquía de la competencia de todos contra todos y la deshumanización del mercado, y frente a esto último existió es donde provino la mayor crítica por parte de la sociedad que culpó en parte al protestantismo, considerándolo como precursor del individualismo, racionalismo y liberalismo, y a la secularización que originó una sociedad fría, tiránica e inhumana. Como respuesta a estos fenómenos, las clases populares y algunos jóvenes sensibles de las clases altas se acercaron a la religión anticuada, literal, emocional y supersticiosa para poder soportar una sociedad dominada por el cálculo irracional (Hobsbawm, 2009). En el plano religioso, la Iglesia católica se vio revitalizada guiando el discurso del sentimentalismo hacia lo femenino, concentrado en su rol al interior de la familia como evangelizadora de la población masculina en su calidad de madre y esposa (Giorgio, 1993).

En el ámbito cultural Europa disfrutó durante gran parte del siglo XIX de una libertad de pensamiento y expresión (Moose, 1997), que se manifestó en el incremento de las Artes, como la literatura y a su vez de la novela, ganando popularidad entre la clase medio y sobre todo en las mujeres, lo que generó una amplia demanda para las novelas y poesía (Hobsbawm, 2009), que tuvieron mayor accesibilidad gracias a la modernización de la imprenta por medio de la presa rotatoria, que permitió un menor coste en la producción de libros y revistas (Moose, 1997). La música instrumental del período clásico y la ópera también contaron con un amplio desarrollo dentro del continente, mientras que las artes plásticas no demostraron un crecimiento destacado, a excepción de la pintura, todas estas manifestaciones

artísticas tuvieron como inspiración los procesos de la doble revolución y los asuntos públicos que motivaron obras de protesta política y social, pero gran parte de estas solo fueron conocidas por una minoría letrada, la clase media y alta, dejando fuera a los sectores populares de la sociedad, donde aún existían formas más tradicionales de arte (Hobsbawm, 2009).

Uno de los movimientos culturales más característicos del siglo XIX fue el romanticismo, que pudo tener origen en el eco de los cambios experimentados por la sociedad o en la insatisfacción frente al rechazo de las emociones por el racionalismo, Moose (1997) señala la dificultad de obtener una clasificación rígida y formal de este movimiento, así que otorga la dada por Víctor Hugo: “El romanticismo trata de hacer lo que la naturaleza, fundirse con las creaciones de la naturaleza, pero al mismo tiempo no mezclándolas: la sombra y la luz, lo grotesco y lo sublime; en otras palabras el cuerpo y el alma, lo animal con lo espiritual” (p.103). El romanticismo tenía una base ideológica explícita, le otorgó máxima importancia a las emociones e imaginación, donde los sentimientos del corazón, aunque emocionales, eran más válidos que los pensamientos, para los románticos el alma era el mejor medio para descubrir la naturaleza humana, ya que esta contenía las emociones y potenciaba la imaginación (Moose, 1997).

El romanticismo comenzó a anhelar la recuperación de la unidad perdida entre el hombre y la naturaleza, representado por aquellas pequeñas e idílicas ciudades preindustriales (Hobsbawm, 2009), pudo ser originado por la percepción negativa sobre la ciudad, que representaba al mismo tiempo repugnancia y fascinación, un símbolo de todo lo aterrador y emocionante del mundo creado por la Revolución Industrial o también como protección contra la influencia negativa de la fábrica, resignificando e idealizando la vida rural por parte de las clases acomodadas (Moose, 1997). Hobsbawm como Moose señalan que para los románticos el pueblo entendido como el campesinado preindustrial representó todas las virtudes y manifestaciones culturales que debían ser el verdadero tesoro de la nación.

Respecto al desarrollo de las ciencias, es necesario establecer dos antecedentes fundamentales planteados por Mary Louise Pratt (2010) correspondientes a la

formación de una conciencia planetaria para la ciencia durante el siglo XVIII, la publicación de *Systema Naturae* por Carl Linneo y la expedición científica para determinar la forma exacta de la tierra conocida como La Condamine. La primera propone un sistema de clasificación para categorizar todas las formas vegetales del planeta, conocidas o desconocidas para el mundo europeo, y la segunda estableció ciertos parámetros relativos a la literatura de viaje. Tanto el modelo de clasificación de Linneo, como la expedición de La Condamine significaron un desarrollo para la historia natural cuya misión era sacar al mundo del caos y ordenarlo bajo la nueva visión científica europea. De esta forma el sistema de clasificación sacó a las especies de su entorno particular y arbitrario, bajo un nuevo nombre secular, europeo y escrito, despojando a las especies de sus relaciones orgánicas y ecológicas. Esto significó la sistematización de la naturaleza, representando un planeta apropiado y reorganizado bajo una perspectiva unificada y europea, por ello el apogeo de los dibujos de plantas, la recolección de especímenes y los jardines botánicos.

Para el siglo XIX como consecuencia de la época revolucionaria, existió un aumento en el número de científicos y eruditos ayudando a extender las ciencias en varios aspectos, gracias al proceso de expansión del universo geográfico y al progreso económico que estimuló el estudiar y pensar la ciencia, así no solo las ciencias naturales se vieron beneficiadas, también la química y la mineralogía, las ciencias sociales también comenzaron su desarrollo en este siglo, aunque de forma más relevante hacia la segunda mitad del siglo (Hobsbawm, 2009). En este período Alexander von Humboldt formará las bases para los viajes de exploración científica y por medio de sus relatos se configurará la reinención del continente americano (Pratt, 2010), mediante un esquema diferente de entender la naturaleza, vinculada al entorno y a las relaciones entre los elementos que componían un mismo ambiente (Gallardo, 2012).

Resulta importante comprender ciertos aspectos de la cultura europea y el afán científico de la época, ya que fueron influyentes en la construcción de los relatos utilizados en esta investigación, situar a los sujetos en un contexto político, cultural

y económico ayudara a entender los diversos factores que pudieron influir en la visión sobre el paisaje y sus habitantes.

CAPÍTULO II: Construcción del relato

Los relatos utilizados provienen de las observaciones realizadas por cuatro viajeros europeos, que representaron diferentes nacionalidades y motivaciones. El primero, Samuel Haigh comerciante inglés nacido en 1795, enviado a Chile por una firma londinense, la visita por el país fue realizada en dos períodos, entre 1817 a 1819 y 1820 a 1821, siendo la principal función de esta el comercio de telas y otros productos ingleses. El resultado de sus viajes fue publicado en Londres en 1829 bajo el título “*sketches of Buenos Aires and Chile*”.

Gilbert Mathison, inglés de origen escocés, visitó Chile entre 1821 y 1822, las motivaciones de su viaje resultan poco claras, pero se puede concluir como el resultado del desvío de su ruta principal hacia China (Medina,1928), donde se dedicaría junto a su primo Walter Stevenson Davidson al comercio de opio². Publicó en Londres en 1825 “*Narrative of a visit to Brazil, Chile, Peru, and the Sandwich Islands, during the year 1821 and 1822*” donde narró sus viajes.

Gabriel Lafond de Lurcy, navegante, explorador y aventurero francés, capitán de la marina mercante visitó Chile entre los años 1822 a 1824. Si bien el autor no expresa qué lo motivó a visitar el país, de sus observaciones es posible entrever cierto afán comercial y exploratorio, su estadía en Chile se encuentra incluida en “*Voyages Atour du Monde et naufrages célebres. Mers du sud, de la Chine et archipels, de L’inde*” publicado en ocho volúmenes en París el año 1844.

El último testimonio utilizado corresponde a Eduard Poeppig, botánico, zoólogo y explorador alemán que visitó Chile entre 1827 y 1829, la finalidad de su viaje fue para coleccionar plantas y animales con el propósito de retribuir a quienes financiaron su travesía, sus ideales políticos fueron los de la época de la Ilustración, pero dulcificados por el humanismo de Goethe e iluminados por el romanticismo (Poeppig, 1960), sus viajes fueron publicados en Leipzig entre 1834 y 1836 en dos

² Datos biográficos de Gilbert Mathison se encuentran disponibles en *Legacies of British Slave-ownership* en el sitio de *University College of London*: <http://www.ucla.ac.uk>

volúmenes titulados *“Reise in Chile, Peru, und auf dem Amazonenstrome während der jahre 1827-1829”*.

Las motivaciones para iniciar los viajes pudieron ser variadas, pero aquellas que llevaron a la publicación de sus obras pueden obedecer a una sola intención, dar a conocer en Europa a América, como lo señaló Samuel Haigh (1917):

Como los generales, coroneles y capitanes, encargados de negocios, cónsules, comisionistas, mineros y mineralogistas, que, en diversas épocas, han creído conveniente presentar al mundo algunas noticias sobre sus peregrinaciones por el “otro hemisferio”, yo también me tomo la libertad de ofrecer al público ilustrado e inteligente algunos apuntes respecto a una región donde, para usar una frase náutica, he andado “a la capa”³ durante los últimos once años. (p.5)

Lo que significó construir una América bajo un imaginario europeo, originado por la combinación de lo visto con lo experimentado. A su vez se implementaron juicios y valoraciones sobre el paisaje y sus habitantes, mediante una serie de discursos establecidos desde la cultura europea que otorgaron herramientas para la fabricación de estos relatos testimoniales.

1.- El viaje: literatura y ciencia

Dentro de la literatura universal, las temáticas relacionadas al viaje han sido un tópico importante en la construcción literaria, pero el viaje se diferencia de las epopeyas y las novelas de aventura. Estas últimas se apegan únicamente a cánones estrictamente literarios, mientras que la primera posee una función más informativa y documental (Albuquerque, 2006), por ello los relatos de viaje tienen como principal condición la de ser un género discursivo secundario que necesita pruebas o constancias, las que obtiene a través de los discursos primarios, tales como: guías, mapas, cartas, itinerarios, descripciones y dibujos, que tienen por finalidad reafirmar la documentalidad del género, así el viaje consiste en una narración, donde el sujeto asume una doble posición de observador y protagonista, y a su vez lleva un registro veraz y objetivo respecto al relato (Colombi, 2006). En otras palabras, los relatos de viajes responden a tres rasgos fundamentales: son

³ Se refiere a que tuvo un viaje lento y controlado

relatos factuales donde la modalidad descriptiva se impone a la narrativa y el balance entre lo objetivo y subjetivo, tienden a inclinarse hacia el primero más concordante con su carácter testimonial (Alburquerque, 2011).

Los orígenes de los relatos de viaje se remontan a la literatura grecolatina, donde podemos encontrar viajes ficticiales como la *Odisea* de Homero, o descriptivos como los recorridos realizados por Heródoto. En la época medieval los viajes de Marco Polo, las novelas de caballería y otros relacionados a viajes al interior del continente. Ya hacia finales del siglo XV e inicios del XVI es donde la novela comienza a tomar direcciones más testimoniales, debido principalmente al inicio de la exploración marítima europea, donde destacan los hechos por los grandes descubridores, las *Cartas de Colón a los Reyes Católicos* (1493), o las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés, es a partir del siglo XVIII donde se produce el mayor apogeo de los relatos de viaje, ya sea ficticiales, testimoniales o científicos (Alburquerque, 2011).

Es durante el siglo XVIII donde se produce un hecho que resultó determinante para las exploraciones científicas y la construcción de los relatos de viaje, este fue el lanzamiento de La Condamine en 1735, expedición científica destinada a determinar la forma exacta de la tierra, esta empresa bajo liderazgo francés y cooperación española se dispuso a resolver la interrogante de la forma real de la tierra, si era una esfera como era planteado por la geografía cartesiana francesa o un esferoide achatado en los polos como era propuesto por Newton, pero al mismo tiempo consistió en una exploración hacia el continente americano, el cual era desconocido para gran parte de Europa. El interés que despertó América se debía principalmente a las riquezas que poseía el continente, las que por más de dos siglos fueron explotadas por España, sino que también desencadenó la curiosidad de parte de la población europea, ya que incorporó a otras partes del mundo dentro de su imaginario (Pratt, 2010).

En los relatos originados a partir de La Condamine se pudo observar cómo comenzaron a desarrollarse los aspectos característicos del relato de viaje, en donde la narración se encontró subordinada a la descripción, constituyendo según

Luis Albuquerque (2006) un texto con un relato narrativo-descriptivo, donde el segundo término funciona como auxiliar de lo narrativo. Tal relación tuvo por finalidad el otorgarle al receptor las herramientas para poder imaginar la realidad descrita, estos elementos se asentaron en el siglo XVIII, y ya hacia el siglo XIX este modelo de abordar el viaje estaba consolidado (Albuquerque, 2006). Si bien el modelo de escritura se afianza, las motivaciones para construir el relato cambian, ya que durante el siglo XVIII la cultura ilustrada asumió que el viaje representaba un medio indispensable para la educación, el conocer otras culturas, pueblos y naturalezas, donde el relato fue la materialización de los conocimientos acumulados durante la experiencia del viaje, mientras que en el siglo XIX el viaje se conformó como el proceso final de aprendizaje, donde se esperaba constatar todos aquellos elementos aprendidos previamente por el viajero (Albuquerque, 2011).

Otros cambios respecto a períodos anteriores, fue la preocupación por mantener un rigor respecto a geografías y clasificaciones científicas a través de los relatos, alejándose de la aventura y la mística características del renacimiento. La literatura de viaje durante el siglo XVIII no solamente desplegó las nuevas ciencias, sino que reafirmó las identidades nacionales europeas, constituyendo así un mecanismo fundamental de dominación cultural (Cicerchia, 2000).

Para América, el viaje de La Condamine supuso las primeras representaciones y el comienzo de un nuevo imaginario sobre el continente, que además de marcar el inicio de una era de viajes científicos y de exploración interior significó un contraste frente a la exploración marítima que había sido la principal forma de conocimiento geográfico por tres siglos. Paralelo a esta exploración científica, Carl Linneo publicó en 1735 *Systema Naturae* donde propuso un método de clasificación basado en la asignación de un nombre, género, especie y otras observaciones respecto a todas las plantas desconocidas y conocidas del planeta, su influencia tanto en los viajes como en la literatura a partir de la segunda mitad del siglo XVIII se pudo ver en todas las expediciones, fuesen de carácter científico o no, ya que se dedicaron a recolectar ejemplares y crear colecciones como parte del proyecto de clasificación totalizador llevado a cabo por Europa, con la finalidad de generar un orden de las

especies bajo un nombre europeo, secular y escrito, sacando así a las especies de la arbitrariedad de su entorno (Pratt, 2010).

Posterior a La Condamine y las publicaciones de Linneo, la época revolucionaria influyó con aún más fuerza el avance científico, extendiendo las ciencias en todos sus aspectos. El progreso del comercio y la exploración significó abrir nuevas zonas del mundo a los estudios científicos estimulando el pensamiento sobre ellas. Quien destacó en este período gracias a sus talentos científicos fue Alexander von Humboldt, infatigable viajero, observador y teórico en los campos de la geografía y la historia natural (Hobsbawm, 2009), sus viajes por América fueron tomados como modelos de exploración científica, debido a la influencia de *Cuadros de la Naturaleza* en donde Humboldt creó un género nuevo que combinada la prosa llena de vida con descripciones de paisajes y observaciones científicas, dándole a la naturaleza una importante influencia en la imaginación humana, ya que esta establecía una misteriosa comunicación con los sentimientos más íntimos. En *Cuadros de la Naturaleza* se volvía a describir la naturaleza como un entramado de vida, remarcando la dependencia existente entre animales y plantas (Wulf, 2017), Humboldt reinventó América como una naturaleza de acción, dotada de fuerzas vitales invisibles para el ojo humano, que empequeñeció a los seres humanos, dominando su ser, despertando sus pasiones y desafiando sus poderes de percepción (Pratt, 2010).

Humboldt realizó una resemantización del espacio, un montaje de momentos y escenas, una articulación jerarquizada de los sucesos mediante una reorientación ideológica de lo material (Colombi, 2016), lo que hizo Humboldt fue afirmar su admiración por una América compleja, furiosa y sublime, él es quien completó para el pensamiento europeo la representación del continente anexándola mediante la activación de un dispositivo de inclusión que culminó con un proceso de apropiación y dominación cultural, a un cosmos único, la América natural y maravillosa (Cicerchia, 2000), para lograr esto realizó una constante comparación de los paisajes observados con los ya conocidos por la cultura europea (Wulf, 2017), encajando con la nueva perspectiva de investigación global que buscaba establecer

un punto de vista comparativo y los incluía en una red mundial de referencias y reflexiones empíricamente fundadas (Ette, 2010).

Esta influencia se vio reflejada en las expectativas de los cuatro viajeros (Haigh, Mathison, Lafond y Poeppig) sobre América y Chile, debido principalmente a la triada icónica seleccionada por los lectores europeos como las imágenes que representaron a América del sur durante el período entre 1810 y 1850, y esta correspondió a la superabundancia de bosques tropicales como el Amazonas y el Orinoco, Montañas coronadas de nieve como la Cordillera de los Andes y los volcanes de México, y las vastas planicies interiores como los llanos de Venezuela y las pampas argentinas (Pratt, 2010). Así estos espacios representados en el texto se convierten en un *topos*, es decir en una construcción imaginaria del lugar (Colombi, 2006).

Frente a esto, los viajeros realizaron una descripción más amplia respecto al único elemento perteneciente a esta triada en Chile, la cordillera de los Andes, “se empinaron en ella cerros y cerros en toda la grandiosidad con que la fama los ensalza” (Medina, 1928, p.24), en contraste parecieron criticar todo aquello que no entrase en su idea preconcebida de América, gran parte de las objeciones se refirieron a Valparaíso y la sequedad de su entorno que lo hacían desagradable a la vista (Lafond, 1911). Pareció que la carencia de verdor convirtió a los espacios en poco atractivos, al encontrarse fuera de uno de los *topos* fundamentales de América, las selvas siempre verdes.

El marcado interés por lo tropical, que representó para la visión europea el único espacio de naturaleza verdadera, donde era posible estudiar todos los fenómenos y procesos naturales. Allí se mostraba toda su grandeza, poder y magnificencia, la diversidad de la creación y la fuerza de los organismos vivos (Sanhueza, 2010), así la lejanía con lo tropical y el verdor queda de manifiesto en la visión respecto a las costas del Perú, las cuales estaban “sujetas a la irrevocable maldición de un espantoso desierto” (Poeppig, 1960, p.68).

Siguiendo con Humboldt y la reinención de América, Mary Louise Pratt (2010) plantea que los europeos del siglo XIX resignificaron América como naturaleza en

parte porque había sido así como en los siglos XVI y XVII lo habían hecho en primer lugar Colón, Vesputio y otros, describieron el continente como un mundo natural primordial, no reclamado y ocupado por plantas y criaturas vivientes, sin sociedades ni economías organizadas, un mundo cuya historia estaba aún por empezar. De esta manera lo que fue válido para Colón volvió a ser válido para Humboldt, el estado de naturaleza virgen fue celebrado como un estado vinculado al proyecto de intervención transformadora europea. Cabe señalar que, si bien Colón imaginó América como una tierra paradisiaca, frondosa y excéntrica, también realizó una apropiación metafórica de los nuevos territorios, donde confluyeron al momento de describir el nuevo continente las similitudes con Europa, las visiones precedentes desde oriente y la fabricación de imágenes destinadas a dar la sensación de una nueva tierra. Por otra parte, en sus diarios de viaje Colón realizó una mezcla entre la información factual y los cuentos tradicionales sobre pueblos de monstruos y alusiones bíblicas heredadas de una geografía fantástica (Rabasa, 2009), se podría decir que lo validado por Humboldt sobre el relato de Colón concernió solamente a las características respecto a la naturaleza virginal de América, dejando de lado los argumentos relativos con el nuevo mundo plagado de fantasías y monstruos.

Como se pudo observar, las influencias del modelo Linneano permitieron al europeo conocer y clasificar al mundo bajo su propia perspectiva cultural, como señala Hobsbawm (2009) visible por medio de la proliferación de jardines botánicos, colecciones de fósiles, dibujos de plantas y el auge de los naturalistas. En contraste el modelo Humboldtiano no generó un cuestionamiento respecto a la clasificación de los seres vivos, sino que planteo una forma más integrativa de observar y representar la naturaleza en América, lo concordante entre ambos modelos, como señalan varios autores⁴ fueron las características eurocéntricas de sus discursos, que representaron ambiciones imperiales, intereses económicos y la inclusión de América bajo el dominio cultural europeo.

⁴ Cicerchia, R. (2000). De diarios, mapas e inventarios. La narrativa de viaje y la construcción de la modernidad. Documento presentado en 19th. International Congress of Historical Sciences, University of Oslo, Oslo, Noruega.

Pratt, M. L. (2010). Ojos Imperiales. Literatura de viajes y transculturación. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.

Si bien los viajes de exploración científica fueron de gran importancia en la reinención de América, también existieron otras maneras de ver al continente, por medio de lo que Mary Louise Pratt (2010) denomina la vanguardia capitalista, representada en aquellos viajeros que escribieron como exploradores avanzados del capitalismo europeo, enviados al nuevo continente por compañías inversoras, como expertos en la búsqueda de contactos y contratos con las elites locales, información sobre potenciales emprendimientos y la posibilidad de un mercado para sus productos. Estos viajeros no escribieron realidades dadas por nuevas; no se presentan como descubridores de un mundo primigenio y la recolección de muestras de materias primas se convirtió más en su valor económico que en su compilación destinadas a las ciencias naturales. Lejos de otorgar excusas para el expansionismo europeo, la vanguardia capitalista tendió a justificarlos mostrando una América atrasada y necesitada de la intervención europea.

Dadas las características de la vanguardia capitalista, ¿Sería posible clasificar bajo estos términos a nuestros cuatro viajeros?, en un principio se podría catalogar a Samuel Haigh y Gabriel Lafond como parte de esta expansión económica europea. El primero de ellos viajó hacia América enviado por una firma londinense que buscaba expandirse hacia el recientemente abierto mercado chileno para comerciar telas y otros productos (Haigh, 1917), mientras que Gabriel Lafond marino mercante que desarrolló una relación comercial con Juan José Mira, chileno de prominente posición en Santiago, participando en algunos de sus negocios (Lafond, 1911), cumplieron al menos dos condiciones, ser parte del despliegue comercial europeo e interactuar con las elites locales con propósitos económicos.

Samuel Haigh realizó el itinerario paradigmático para los hombres ingleses en Sudamérica, que correspondió a desembarcar en Buenos Aires, atravesar las pampas argentinas y cruzar la Cordillera de los Andes (Pratt, 2010). Así Haigh relata su viaje por la cordillera como una sucesión de dificultades como el clima, la precariedad del camino y el hambre, pero también expresó su fascinación por el paisaje y los cambios que observó al pasar de la nieve al verdor de los campos, resaltando lo gratificante que para él y toda su caravana resultó aquello (Haigh,

1917). El inicio de su narración corresponde mayoritariamente a una descripción sobre la situación política y económica del país, comentando sobre la precariedad de sus compradores a los que debió venderles a varios meses y en pequeñas cantidades por temor a las confiscaciones del gobierno, resultando para él una verdadera dificultad sumándose además las escasas ventas provenientes del almacén contrastando con lo que Haigh había escuchado en Inglaterra sobre la facilidad de comercio en América (Haigh, 1917).

Por su parte Gabriel Lafond en su relato se dedicó a reconstruir la sociedad nacional, principalmente gracias a su interacción con la familia de Juan José Mira, asistiendo a bailes, reuniones y viajes, fue capaz de observar el comportamiento femenino con más detalle que los otros viajeros. Sin olvidar su calidad de comerciante, manifestada en la descripción detallada de navíos, sus tipos de carga y las relaciones con otros comerciantes del puerto de Valparaíso. Asimismo, Lafond al igual que otros viajeros realizó una crítica hacia el desarrollo del país:

La agricultura está todavía en su infancia; todo está aún a los cuidados de la naturaleza. Ahora, apenas abren la tierra con una especie del rastrillo; los árboles no se injertan, ni las viñas se podan jamás (...). En cuanto al trigo, no se emplea otro medio para extraer (*sic*) el grano que moliendo las espigas bajo los pies de los caballos. ¡Que magníficos resultados podrían obtener en este país agricultores laboriosos e instruidos! (Lafond, 1911, pp.15-16)

Samuel Haigh (1917) también hizo mención sobre la pobreza material respecto a las labores productivas, como el arado, en donde el éxito de las cosechas está más ligada a la calidad de la tierra que a la habilidad del agricultor:

Esta máquina⁵ arrastrada por dos bueyes, y guiada por un huaso, apenas entraba en el suelo, levantando a los lados algo de arena, y aun así tan pobre labor bastaba a todos los propósitos de una tierra a la cual la naturaleza ha sido pródiga. (p.24)

Parte de estas representaciones basadas en la visión metropolitana de los autores, ratificó un profundo sentimiento de superioridad eurocéntrica, donde la holgazanería y rudeza eran parte de los hábitos de esta comunidad americana (Cicerchia, 2000).

⁵ Se refiere al arado compuesto por un trozo de madera y un fierro en la punta que poseía escasa factura y forma

Tal comportamiento se vio reflejado en el relato de Lafond cuando advierte a los futuros viajeros que quieran realizar el viaje desde Valparaíso a Santiago:

Los chilenos, según he observado, no se contentan con robar, sino que asesinan y desfiguran a la víctima para que no sea reconocida. Además, basta una insignificancia para tentarles; os roban para apoderarse de una bagatela, por una estribera, un cuchillo, un sombrero de paja, etc. (Lafond, 1911, p.39)

Gilbert Mathison también comenzó su relato narrando dificultades, peligros y lo atrasado de la sociedad chilena, pero a diferencia de los viajeros anteriores, no realizó una descripción sobre la vida política y económica del país, siendo su única referencia respecto a las riquezas una comparación entre los cerros estériles de Inglaterra, frente a la abundancia de recursos minerales que ofrecía la Cordillera de los Andes, que a su parecer explotarlos significaba un daño para el continente (Medina, 1928). Las observaciones de Mathison estuvieron mayormente enfocadas en las características culturales de la población chilena, donde nuevamente encontramos discursos sobre el atraso e ignorancia de los habitantes:

Su desconocimiento de los puntos más vulgares de la geografía era particularmente notable, y en cuanto a historia parecía que lo ignoraban todo. Inquirían con insistencia en materias de religión y como fanáticos católicos romanos sentían cierto grado de lastimosa compasión hacia nosotros. (Medina, 1911, p.45)

Junto con criticar la falta de conocimiento de los habitantes, también mencionó la pobreza de las representaciones teatrales: “El teatro, edificio pequeño y bajo situado cerca de la aduana, es de lo peor que pueda imaginarse, y las representaciones tan absurdas, que no podrían tolerarse en cualquier ciudad inglesa de provincia” (Medina, 1911, p.27).

Por último, el botánico alemán Eduard Poeppig que realizó el viaje al continente americano bajo un propósito absolutamente científico también mencionó, el igual que los otros viajeros, el atraso cultural:

Quien espere encontrar en alguna parte del Nuevo Mundo la calidad de excelentes edificios que ostentan aún ciudades de segundo o tercer rango en Europa, se sentirá defraudado. Los existentes revelan que han transcurrido sólo pocos siglos desde que el conquistador, que era un soldado contentadizo, cedió su ligar sus descendientes indolentes y separados de la

cultura europea; uno se da cuenta de que se halla en países cuya población permaneció cerca de 350 años al mismo nivel de la cultura que existía en Europa a principios del siglo XVII. (Poeppig, 1960, p.85)

Sumando a su relato la preocupación respecto al avance de la agricultura y sus escasas condiciones materiales para su óptima realización, discutiendo sobre la calidad del trigo, hortalizas y frutas, señalando que la baja productividad y calidad de los productos era principal responsabilidad del poco cuidado dado por los agricultores del país, a pesar de la buena calidad de la tierra y lo beneficioso del clima (Poeppig, 1960).

Además de estas observaciones, gran parte de los testimonios están relacionados a su condición de zoólogo, botánico y explorador como la descripción de plantas y animales, las características del clima y la geografía de las regiones visitadas siguiendo el modelo de Humboldt respecto al viaje de exploración científica (Sanhueza, 2010). Cabe señalar que Poeppig fue el único que otorgó datos estadísticos sobre la salud de la población, sobre todo respecto al contagio de sífilis, señalando que según los médicos de los buques de guerra no existía ningún puerto en Sudamérica más peligroso que Valparaíso (Poeppig, 1960).

De forma muy similar a lo planteado por Samuel Haigh, Poeppig (1960) resume lo que América significó para una parte de los exploradores europeos:

El conocimiento de la América del sur ha aumentado desde su liberación del antiguo dominio español en el mismo grado que la benéfica luz de la civilización expulsó más allá la antigua oscuridad e hizo posible que forasteros (...) visitaran las maravillas de lejanos países, pudiendo presentar al mundo los resultados de sus exploraciones. (p.16)

Esta valoración resulta concordante a lo que Mary Louise Pratt (2010) identifica sobre la visión de la vanguardia capitalista, en donde la sociedad hispanoamericana en su conjunto fue constantemente acusada de atrasada, indolente y, sobre todo incapaz de explotar los recursos naturales, además remplazando las descripciones idílicas sobre el territorio por una visión codiciosa y modernizadora que la autora denomina ensueño industrial, siendo la finalidad de este discurso la transformación de América como un escenario de trabajo y eficiencia, donde su población debía

dejar atrás sus características banales e indolentes y adquirir buen gusto, ambición y dinero para así formar parte del mercado europeo.

Respecto a la posibilidad de clasificar a Samuel Haigh, Gilbert Mathison, Gabriel Lafond y Eduard Poeppig como parte de la vanguardia capitalista, resulta improbable a pesar de las similitudes al abordar temáticas como la improductividad y el atraso cultural. Estas visiones similares respecto al continente pudieron representar la única manera conocida de plasmar un relato, que por medio de la observación lograron recolectar gestos, signos y objetos que transformados en palabras pudieran ser reconocidos como sitios culturales familiares para la audiencia europea, y además formando parte de un proceso de subordinación cultural cuyo sustento fue la enumeración y demarcación de lo nombrable (Cicerchia, 2000).

De alguna manera ambas formas de representar a América, el modelo de exploración Humboldtiano y la vanguardia capitalista, significaron la creación de un imaginario respecto al continente, extrapolando lo que plantea Said para oriente, es posible comprender como mediante una conciencia occidental soberana se manipuló lo que se entendió por América, ya sea desde los viajes de Colón, las publicaciones de Humboldt o desde la vanguardia capitalista, no solo desde una base empírica sino también guiada por deseos, inversiones y proyecciones, donde el viajero europeo tenía presente la realidad de su país y los intereses de este en el continente (Said, 2008), lo que significó que al momento de efectuar el relato, este se construyó mediante elementos representativos y conocidos para los lectores europeos e incluso existió una síntesis de imaginarios adquiridos por lecturas o comentarios que se sumaron a la propia realidad observada por el autor (Gallardo, 2012).

El viaje y el andar constituyeron la pauta de los relatos, donde el movimiento físico y la manipulación interesada trazaron el guion, el relato debía nacer del impacto de cada circunstancia que por medio del canon Humboldtiano sobre el tratamiento estético de los sujetos y la influencia de la geografía sobre la condición y destino de

las sociedades se produjera un tejido en que la ciencia, la efusión poética y una determinada preocupación humanística se articulan y alternan (Cicerchia, 2000).

CAPÍTULO III: Los viajeros y su testimonio

1.- Las observaciones y sus relatos

A pesar de que los viajeros realizaron un recorrido por gran parte del territorio de Chile, para fines prácticos de esta investigación se hará referencia únicamente a la zona denominada espacio agro-mercantil (Salazar y Pinto, 2010a), correspondiente al triángulo formado por Valparaíso, Santiago y los Andes. La razón principal de este emplazamiento se debe a que todos los relatos tienen en común el haber visitado esta zona, ofreciendo así la posibilidad de contrastar las opiniones existentes sobre el mismo espacio.

El acercamiento teórico al medio geográfico del continente estuvo influido por el discurso de Humboldt, que a través de sus publicaciones plasmó una América de naturaleza salvaje y exuberante, propiciando a que los lectores europeos seleccionasen ciertas imágenes que se convirtieron en el imaginario básico sobre el continente, la superabundancia de bosques tropicales, montañas coronadas de nieve y bastas planicies interiores (Pratt, 2010) o también textos que describían a Chile como un jardín siempre verde, como una segunda Sicilia en los colores más brillantes (Poeppig, 1960) constituyeron el *topos* América.

Pero el encuentro real con Chile pareció no cumplir con ninguna de las expectativas de los viajeros que llegaron al país por vía marítima quienes para Poeppig (1960), esperaban encontrarse con escenas que les recordasen lo lejos que estaban de casa. Gilbert Mathison describe a Valparaíso y sus alrededores como “árido, o al menos cubierto de muy escasa vegetación, y ya sea por donde se mire cerca o lejos el paisaje del lugar carece siempre de atractivos” (Medina, 1928, p.21), Poeppig (1960) no se aleja al describir el paisaje predominantemente café y en tonos ladrillo, y con una marcada monotonía debido a la falta de árboles, Lafond (1911) sigue la misma línea argumentativa que los viajeros anteriores, señalando que las montañas toman un color rojizo desagradable a la vista, pero que tales condiciones cambiaban con la llegada del invierno, apareciendo la vegetación en las laderas como arbustos, espinos y musgo. Para ellos los alrededores del Valparaíso están fuera de esa naturaleza desbordante, de ese jardín siempre verde que esperaron encontrar en

las costas de Chile, por ello para Mathison la denominación “valle del paraíso” pareció no tener ninguna justificación, con la salvedad que el acercamiento a la ciudad fuese desde el interior, permitiendo así observar la bahía y el océano, lo que sí resultaría una vista hermosa (Medina, 1928), Samuel Haigh (1917) quien viajó desde Santiago describió que le origino aquella vista del océano Pacífico:

Hay algo encantador en esta primera visión del enorme Océano. Así lo dicen casi todos los viajeros. En mí pareció reanimar sensaciones e ideas de tiempos pasados. Todas las visiones novelescas de mi primera juventud renacieron de súbito, desplegándose a mi vista una vasta y azul extensión, como un brillante espejo que reluciera bajo el sol. (p.59)

Cicerchia (2000) ejemplifica con los viajeros que visitaron el territorio argentino, donde moldearon un tipo de paisaje americano sobredimensionando los escenarios naturales y prejuzgando sus sociedades, pudiendo seguir un patrón estético basado en la majestuosidad visual de la escena, el asombro frente al prodigio natural.

Es probable que la primera percepción sobre el paisaje influyó de manera notoria en la visión sobre el entorno urbano que allí se emplazaba, ya que ninguno de los viajeros pareció demostrar mayor interés en Valparaíso, la opinión más tajante al respecto proviene de Eduard Poeppig (1960) quien describió lo siguiente:

Hay tiendas llenas con los productos de la industria europea, exhibidos en parte con igual buen gusto que en nuestras ciudades mayores. Alternan con las grandes bodegas de casas comerciales británicas de primer rango y con las tabernas de los marineros, de las que salen sonidos que también se podrán escuchar en Londres o Hamburgo. (...) los puestos del mercado no ofrecen nada que recuerde a las costas del Océano Pacífico. El mercado está ocupado por cosas que uno ha visto crecer desde niño en su país, o como se producen en cualquier lugar en la parte austral de Europa. (p.69)

Mathison reafirmó que, de no ser por el aspecto diminuto y miserable de la ciudad, un extranjero sería capaz de imaginar que acababa de llegar a una posesión inglesa (Medina, 1928).

Como señalamos en el capítulo anterior, estos viajeros compartieron parte del discurso de la vanguardia capitalista, donde su tarea ideológica fue la reinención de América como atrasada y descuidada, codificando sus paisajes y sociedades no capitalistas como necesitados de la explotación racionalizada proveniente de la

dominación europea (Pratt, 2010). De esta manera se cruzaron dos aspectos básicos referentes a la reconstrucción de América, por una parte, las expectativas de la naturaleza desbordante, y por otra la necesidad de modernizar el continente bajo el paradigma del capitalismo industrial. Los viajeros plasmaron en sus relatos las potencialidades de ciertos espacios, Lafond (1928) por ejemplo “Quillota está llamado a ser el valle industrial de este hermoso país, porque el río Quillota que desciende de la cordillera será una fuente inagotable de riqueza, moviendo poderosas máquinas hidráulicas” (p.118), Poeppig (1960) resaltó la potencialidad de dos puertos para superar en importancia a Valparaíso:

Si el pequeño puerto de Maule fuera seguro para los buques en invierno y de más fácil acceso para embarcaciones mayores -ambas cosas pueden lograrse artificialmente-, es difícil imaginarse una situación más favorable para desempeñar el comercio al por mayor en Chile (...). Cuando Chile tenga en el futuro la suerte de aumentar su población y de incrementar su industria bajo un gobierno consolidado, de modo que sea posible usar sus recursos con más dedicación que en la actualidad, los puertos sureños, sobre todo la segura y hermosa bahía de Talcahuano, surgirán como poderosos rivales de Valparaíso y es posible que lleguen a predominar por la importancia de su comercio. (p.84)

Sumado al paradigma del capitalismo industrial, existió un cambio sobre la percepción de la tierra por parte de Europa, reflejado en las críticas hacia la improductividad de los campos en la zona entre Valparaíso y Santiago, en los capítulos anteriores se ejemplificó con los testimonios de los viajeros donde tres de ellos realizaron críticas sobre la utilización de los terrenos fértiles. Poeppig, Mathison y Haigh resaltaron el escaso aprovechamiento del terreno al encontrarlo seco y descuidado, culpando a la dejación de sus habitantes y al retraso en las técnicas de riego y cultivo.

Cabe señalar que estos tres viajeros realizaron sus observaciones entre los meses de octubre y abril, coincidente con el período de sequías en la zona central caracterizados por bajos niveles de humedad y la escasez de recursos hídricos en algunos sectores (Vicuña Mackenna, 1877), por esto Gabriel Lafond (1911) que realizó similar recorrido, pero en septiembre, observó “colinas cubiertas de pasto, de mirto, de laureles rosas, de cactus de brillantes colores, que parecían vergeles

embalsamados” (p.26), en su caso no apareció ninguna crítica sobre la improductividad de los terrenos que pudo significar que lo visto correspondió a sus expectativas sobre el país.

En el plano urbano, los viajeros también expresaron una exacerbación de las condiciones negativas, ver algo sucio y descuidado significó que toda su población compartió similares características, el discurso sobre el otro y su entorno estuvo sujeto a las apreciaciones particulares convertidas en totales. Esto se dio principalmente cuando se describió a los sectores más pobres dentro de las ciudades, Mathison se refiere a ellos como: “infeliz y desaseada que habitaba tugurios de barro de la peor especie” (Medina, 1928, p.42), la fijación por el polvo, la suciedad y las pulgas que se encontraban presentes en todos los sectores sociales, para los viajeros parecieron pertenecer solo a los pobres:

En general, lo que se padece por estos insectos es casi insoportable, (...). Los campesinos, en quienes la limpieza no es una virtud especial, están obligados a dormir en verano fuera de sus ranchos (...). Contribuyen a ella la mala costumbre de los chilenos de rodearse siempre de verdaderos rebaños de perros inútiles y la construcción anticuada de sus casas, en que el piso sólo en raras veces está cubierto de tablas limpias, pues por lo general es de ladrillos polvorientos o consiste simplemente en tierra apisonada. (Poeppig, 1960, p.71)

Contrario que con Valparaíso, la ciudad de Santiago recibió observaciones mayoritariamente positivas, para Samuel Haigh (1917) no igualaba en tamaño a Buenos Aires, pero era más agradable a la vista, además de observar que las proporciones de su extensión urbana no guardaban ninguna relación con la población que la habitaba, debido a la gran porción de terreno que era ocupada por las construcciones, Lafond (1911) por su parte realizó una crítica respecto a la configuración urbana de la capital:

A primera vista Santiago me desagradó soberanamente y me hizo la impresión de una ciudad monótona, en la que todo debía ser tristeza y aburrimiento en sus calles tiradas a cordel y cortadas en ángulos rectos, ofrecían un aspecto similar al del Lima. (p.32)

Esta descripción realizada por Lafond fue común en los otros viajeros, pero no bajo la misma connotación, todos notaron el aspecto recto de las calles y sus grandes

solares, pero relacionándolo más a una cualidad del diseño de la ciudad que como una causante de monotonía y aburrimiento. Poeppig (1960) describió su primera impresión sobre Santiago cuando se acercó a la ciudad proveniente desde Valparaíso, como un jardín verdeante donde la mayor densidad de población obligó a introducir mayores cuidados al momento de cultivar la tierra, más vistosa que el resto de las ciudades del país, adornada por magníficos edificios e incluso una cúpula. Pero las expectativas originadas se desvanecieron al momento de acercarse a Santiago revelando a su parecer calles angostas, malolientes y con viviendas desaseadas.

Más allá de estas primeras impresiones, hubo al menos tres temas abordados por todos ellos al momento de describir Santiago y sus alrededores. El primero corresponde a la presencia de la Cordillera de los Andes, descrita siempre con majestuosidad, “la Cordillera de los Andes, con sus picos nevados, limita majestuosamente al horizonte y empinan en ella cerros tras cerros en la grandiosidad que a fama los ensalza” (Medina, 1928, p.24), “inesperadamente se presentó la cordillera en engañosa cercanía, como un encadenamiento continuo de cumbres nevadas. Cuando se creyó haberla contemplado en su integridad, una mirada casual al firmamento que se extiende sobre ella demostró el error” (Poeppig, 1960, p.181). Tanto Lafond como Haigh realizaron escuetas descripciones sobre la cordillera, solo destacando su sorpresa frente a su inmensidad. Tales observaciones pudieron tener como finalidad el perpetuar el imaginario europeo sobre América en base a los relatos de Humboldt, la zona central no poseía bosques tropicales ni interminables pampas, así que solo fue posible rescatar de ellas las montañas coronadas de nieve.

Lo segundo tiene relación con el paisaje urbano, donde más allá de la disposición de las calles, les pareció interesante que la mayoría de las casas tuvieran solo un piso de altura y que su material de construcción fuese el adobe, “por lo general las casas son de un piso, a causa de los temblores, las murallas son de cuatro pies de ancho y edificadas de grandes ladrillos llamados *dobies*, hechos de barro amasado” (Haigh, 1917, p.29), “las construcciones se hacen con ladrillos cocidos o secados al

sol, que se llaman adobes” (Lafond, 1911, p.21). En general el uso del adobe, la altura y la disposición interna de los hogares fue una preocupación importante para los viajeros, desde la descripción de las más humildes calificadas como llenas de pulgas, anticuadas y con pisos de tierra (Poeppig, 1960), a la de las clases más pudientes que contaban con puerta cochera, patios embaldosados, salón y comedor, además de patios internos con árboles frutales y en algunos casos fuentes de agua (Lafond, 1911).

El último tema coincidente en todos los relatos tiene relación con el buen trato hacia los viajeros por parte de los habitantes de las ciudades visitadas. En cada uno de los testimonios encontramos declaraciones como: “la sociedad de Santiago es llena de afabilidad, y basta con ser presentado una o dos veces en una casa, para poder ir libremente enseguida y recibir la mejor acogida” (Lafond, 1911, p.41), “son los santiaguinos sumamente afables y de hábitos caballerosos; he observado que son preferentemente atentos con los extranjeros” (Haigh, 1917, p.34), “el extranjero es admitido con señaladas muestras de hospitalidad y deferencia” (Medina, 1928, p.34), “el extranjero, sobre todo aquel que llega al país persiguiendo fines científicos, hallará siempre la más amable acogida” (Poeppig, 1960, p.207). Luis Vitale (1971) a raíz de la discusión sobre el traslado de la aduana, señaló la preocupación por parte de algunos sectores de la sociedad ya que esto significaría que las niñas casaderas de Santiago perderían la oportunidad de relacionarse con jóvenes europeos, amoríos que a veces terminaban en matrimonios en los que no estaba ausente la conveniencia económica, además de las ganancias generadas en hoteles, alquileres de casas y artículos de lujo.

No solo el interés económico pudo ser la razón del buen trato hacia los europeos, sino que también la curiosidad por los relatos de países lejanos, por las costumbres propias de los viajeros, su religión e idioma. Este punto se abordará en el siguiente apartado, haciendo énfasis en la visión de las mujeres por parte de los viajeros.

2.- Mujeres y sociedad según los viajeros.

La sociedad chilena durante el siglo XIX vivió un proceso de modernización política y cultural más que económica (Larraín, 2001), como consecuencia de la

independencia del país y del mayor contacto con las mercancías europeas, pero este proceso no abarcó a toda la población de Chile, sino que se concentró en las clases acomodadas, esta elite chilena caracterizada por basar su poder social, económico y político en una estructura agraria, con tintes aristocráticos dados por el consumo ostentoso, viajes a Europa y la imitación de modos refinados y señoriales, acompañados por el trato despectivo hacia las clases inferiores (Salazar y Pinto, 2010b). Siendo estos elementos los que funcionaron como los principales símbolos al momento de construir su identidad y que los diferenciaron del resto de la sociedad (Larraín, 2001).

Antes de ahondar en las observaciones de los viajeros, se debe comprender que parte de las experiencias vividas correspondieron a una doble forma de conocimiento que integró la construcción del relato de viaje, ya que este no solo se conoce por medio de su propia sensibilidad y capacidad de observación, sino que también, a través de las interacciones y experiencias usualmente dirigidas y controladas por los “viajados”, referidos a aquellos que interactúan con el viajero, los observados (Pratt, 2010, p.254). En el caso de esta investigación, los viajeros tuvieron trato constante con la población criolla la cual los guió a través de su cultura por medio de bailes, reuniones y paseos, el conocimiento del viajero se basó en aquello que el observado quiso mostrar, considerando su propia comprensión del mundo.

El modo fundamental de conocer a estas mujeres fue al interior de los hogares, en el espacio privado que se articuló desde la colonia bajo dos formas, a la manera europea centrado en las mujeres blancas inmigrantes o en criollas, y por abajo al modo de la conquista, centrado en mujeres abusadas, que dio como resultado un espacio privado estratificado. Este esquema familiar comenzó a cambiar de forma gradual durante el siglo XIX, dejando atrás el recogimiento femenino, la privacidad excesiva por medio del vestuario, las formas de transporte y su propio hogar. Tal cambio provino por el gran comercio y “sobre todo por los rubios mercaderes ingleses y franceses. Pues éstos, aceptando las insinuantes invitaciones de los mercaderes criollos, cruzaron sin dificultad las murallas, patios y puertas que los

separaban de la presencia, voz, encanto y corazón de las atesoradas joyas del mercader” (Salazar y Pinto, 2002).

La principal manera de sociabilización con los europeos fue por medio de las tertulias, en ellas observaron múltiples comportamientos y costumbres que le parecían extrañas. Lafond (1911) las describió de la siguiente forma:

En estas reuniones, en las que reinaba una amable libertad, se servían simples refrescos y dulces. Algunas familias relacionadas con ingleses habían remplazado el mate por el té. Las señoras colocábanse (*sic*) en los sofás (*sic*), en el estrado⁶ adosado a la muralla y los hombres en las sillas del frente. Algunas veces las jóvenes venían a mezclarse con los hombres; pero las señoras no abandonan jamás sus asientos. (pp.40-41)

Lo que pareció llamar la atención de los viajeros fue la negativa de las señoras a abandonar el estrado y la separación entre hombres y mujeres dentro del mismo espacio, Samuel Haigh (1917) describe lo siguiente: “las mujeres se sientan en el estrado (...). Nunca se levantan cuando entra un extranjero, a menos que sea mujer” (p.58). Pareciese que dominadas bajo una austeridad impuesta para su mayor beneficio y en provecho de la sociedad (Sledziwski, 1993) estuvieron limitadas a labores femeninas en este espacio como tejer, bordar y recibir otras mujeres, este aislamiento se refirió solo a las mujeres casadas, las que, bajo la cultura católica del siglo XIX, que le dio gran valoración al rol de madre, debían mostrar comportamientos de piedad y decoro que significaba en estricto acorralamiento bajo las normas morales (Giorgio, 1993).

Respecto a este mundo de señoras, Gabriel Lafond (1911) describe a Carmen Landa y en su relato se puede entender parte de este mundo privado femenino:

Esta dama, de origen francés, estaba sentada en el estrado obligado de toda mansión chilena, envuelta en su rebozo (...). Su aspecto severo, lleno de dignidad, hacía notar en ella el hábito de mando, lo que no era de extrañar en una familia tan distinguida. Tenía a su lado a su hija, la señora Beltrán (...), a Doña Mercedes Iñiguez, esposa del señor Mira, y a su nuera Doña

⁶ El estrado colonial consistió en una especie de tarima de uso exclusivamente femenino, donde realizaban sus labores y a su vez permitía interactuar socialmente con el sexo masculino, posterior a la independencia la tarima fue remplazada gradualmente por una corrida de sillas junto a la pared, donde las mujeres recibían a sus visitas (Mazzini, 2011)

Luisa, hermana del señor Mira y a muchas otras señoritas (...). Los dos chicos del señor Mira jugaban también cerca de la abuela. (pp.32-33)

Teniendo en cuenta que las mujeres se encontraban sujetas a las jerarquías del sexo que las limitaba a la familia, la vida doméstica y a una misión de ser auxiliares de lo espiritual (Fraisie, 1993), o planteado de otra manera, la mujer casada solo existe en y por la familia (Arnaud-Duc, 1993). Por ello la señora representó la soberanía moral sobre la vida doméstica y la educación de los hijos, influido principalmente por una religiosidad sentimental y el modelo femenino católico donde la mujer solo es esposa y madre, y para ella la iglesia busca sumisión y abnegación frente al marido que representaría un don de Dios que lleva a la mujer por medio del sacrificio a la santidad (Giorgio, 1993), la descripción de este mundo femenino dada por Lafond, representó a estas mujeres como esposas, hijas y hermanas pertenecientes a una figura masculina que estableció su lugar en la familia.

Las señoras de clase alta fueron calificadas en un principio por los viajeros como frías y distantes, Samuel Haigh (1917) se refirió de la siguiente manera a la forma de saludar de estas damas: “en tono desagradable dicen: “beso a usted las manos caballero”, que nos hace el efecto de un saludo. Sin embargo, es solo la costumbre del país, muy luego se disipa la primera impresión de frialdad” (p.58), Mathison por su parte no tuvo tales primeras impresiones, ya que señala: “es corriente que la señora de la casa le ofrezca a su llegada una flor, y esta pequeña muestra de atención se halla realzada en el hecho con la manera bondadosa y atrayente con que le es obsequiada” (Medina, 1928, p.34).

En contraste con las señoras, representantes de la familia y de distinguidos modales se encontraban las mujeres jóvenes que definitivamente causaron las más diversas impresiones respecto a sus modales y comportamientos. También dentro del contexto de las tertulias, Samuel Haigh (1917) las describe:

Las niñas son muy bonitas con su cutis mucho mejor de todas las que he visto en Sud-América; algunas tienen ojos azules y pelo oscuro, tienen muy buen humor y son muy amables. Sus entretenciones no difieren mucho de las de la república de Buenos Aires, pero apenas si se han acercado tanto a las costumbres europeas, tocan y bailan a la guitarra, muchas al piano, y son muy vivas en su trato y conversación. (p.40)

Gabriel Lafond (1911), relata parte de su experiencia en una tertulia a la que fue invitado en la casa de la familia Lecaros, que el autor señala como una de las más elegantes de la capital:

Estas reuniones eran encantadoras; había ocho o diez señoritas todas jóvenes y bonitas. (...). Estas damas poseían un piano, instrumento que ha llegado a hacerse común en el país, pero que era muy raro entonces en Chile. A veces se reunían en esa casa para entregarse a los placeres de la danza, ejercicio en que se distinguen las chilenas y que aman con pasión. (p.40)

Respecto a la danza Lafond (1911) profundizó en su apreciación sobre lo que fue el baile para las chilenas:

Vinieron después los aires alegres de las danzas: los acordes vivos del fandango, de la cachucha y otros pasos del país; los ojos de las mujeres brillaban alegremente, y el baile principió. He hablado de los bailes españoles; todos ellos son de carácter: los gestos, los movimientos más que el paso, forman el secreto de su encanto. ¡Qué diferencia con nuestras contradanzas frías y esqueletadas! Sea lo que sea, la danza sirve a las chilenas para lucir tan seductoras que disponen a su favor los espíritus más preocupados, es un medio de atracción al que pocos navegantes extranjeros han escapado hasta ahora. (pp.57-58)

Eduard Poeppig (1960), que en un principio notó la ya mencionada separación entre los sexos al interior del salón, describió lo que sucedió con el pasar de las horas:

El carácter nacional no permite permanecer así mucho tiempo, y luego, alguna mano no siempre muy experta, toca el piano o la guitarra. Una vez dada esta señal, se expresa el placer de vivir en los ojos oscuros y brillantes (...). Se inicia el baile, si representa para las sociedades boreales un entretenimiento bien recibido constituye una verdadera necesidad para los habitantes de países en cuyo cielo resplandece un sol más bello. Gracias al impulso de la pasión austral, desaparece para aquellas gentes de mundo, y nadan visiblemente sobre las olas del deslumbramiento. (p.118)

El interés sobre el baile pudo reflejar una necesidad por parte de los viajeros de clasificar el carácter de las mujeres jóvenes por medio de este comportamiento que les parecía tan particular, y marcar lo diferente respecto al carácter de las jóvenes europeas.

Una de las características principales sobre lo femenino en el siglo XIX fue la creencia que el cuerpo era el enemigo del alma, una dificultad importante hacia la salvación, por ello el corazón fue el centro de la identidad femenina empapada de

sensibilidad, impulsos y emociones, de esta manera la señorita era una flor de cándida frescura que evocaba la primavera del mundo sin derecho al lujo, ya que la modestia era su destino (Knibiehler, 1993). Lo que para las muchachas de la época les pareció natural, a los ojos de los viajeros resultó curioso, al ver jóvenes entregadas al placer del baile vivaces y seductoras, que a pesar de la fuerte influencia de la educación católica, no era correspondiente al férreo control sobre la sexualidad femenina a lo largo del siglo XIX, la cual debía expresar un rol pasivo frente al hombre (Walkowitz, 1993), un claro ejemplo de estos comportamientos fue el sucedido durante un viaje a las afueras de Santiago:

Entonces principiaron a circular en la punta de los tenedores los pequeños trozos escogidos en las viandas que las damas enviaban a los hombres como una manifestación íntima de preferencia y de amistad. El favorecido contestaba de la misma manera, con gran estupefacción de uno de los convidados recientemente desembarcado, a quien estas galanterías le parecían de mediocre limpieza (...). El recién desembarcado abría tamaños ojos encontrando tales demostraciones demasiado expresivas. (Lafond, 1911, p.60)

Para los europeos la mujer no debía tomar la iniciativa frente al hombre, ya que esto podría considerarse tomar un rol activo que la podría asemejar al hombre, convirtiéndola en una inquietante anomalía (Knibiehler, 1993), de alguna manera las mujeres jóvenes chilenas pudieron ser consideradas como parte de esta América salvaje, lejana a los estándares de comportamiento europeo, laxa en costumbres e influidas por el clima cálido, o también el viajero con la finalidad de ubicarlas al interior de un relato decidió clasificarlas mediante los mismos arquetipos correspondientes a las artes plásticas, así como las señoras representaron a la virgen en su rol de madre y esposas, sus hijas pudieron perfectamente ser las seductoras e incluso las musas del imaginario masculino (Higonnet, 1993a).

Otro elemento fuertemente criticado por los viajeros fue la pobre educación, no solo de las jóvenes sino de la totalidad de la población, Samuel Haigh (1917) observó lo siguiente:

Aunque son de rápida comprensión su educación es muy reducida; como se comprende gozan de escasas lecturas. Muy rara vez he visto en sus bibliotecas más que Don Quijote, Jil Blas, la novela de cervantes (...) y

algunos otros libros, entre los cuales nunca falta el misal, la historia de los mártires y algunos libros religiosos. No sé cómo no se encuentran en un estado mental aún más sano que las niñas de otros países, donde tienen la imaginación siempre agitada por la “última novela” y que por lo tanto, tienen una buena dosis de sentimentalismo del cual careen las que tienen modos de pensar más avanzado de Chile. (pp.40-41)

Por su parte, el otro viajero inglés Gilbert Mathison realizó una crítica aún más mordaz al nivel cultural de la sociedad:

En lo que toca a refinamiento, gusto, maneras y conversación, brillantes dotes y cultivo intelectual, no debe el viajero pretender hallarlos en Chile, ni en realidad en ninguna parte de América del sur. La ignorancia dominante en todas las clases destierra forzosamente el agrado del trato social (...). Los libros ya de instrucción o entretenimiento nunca se leen, y no pueden nunca, por consiguiente, llegar a ser tema de conversación. (Medina, 1928, p.35)

Considerando que el apogeo de la imprenta en los países con desarrollo industrial significó un mayor acceso a libros y revistas, para ambos viajeros ingleses tal pobreza en las lecturas resultó impresentable. Teniendo en cuenta la recopilación realizada por Ramón Briseño (1965) gran parte de los textos impresos en Chile entre 1812 y 1829 correspondieron a periódicos de circulación regular, cartas de generales, asuntos de salud pública, manifiestos políticos, dictámenes gubernamentales e indicaciones sobre el culto religioso. Relacionados a este último se encuentran guías de catecismo, manuales bautismales y compendios sobre la doctrina cristiana. En menor medida se pudieron observar textos educacionales y novelas, las que comenzaron a ser publicadas con mayor frecuencia después de 1840.

El cultivo intelectual por parte de las mujeres de clase alta en Europa fue un elemento bien visto ya que constituía un orgullo para el novio o el marido. Pero según Hooch-Demarle (1993) también, se corría el riesgo que el exceso de lecturas pudiera provocar en las mujeres algún tipo de neurosis además del celibato forzoso o aún peor, generar una mujer sabia, una “singularidad”, una ridícula, un espantapájaros, y que generó miedo en los hombres principalmente porque rompía con el modelo social del siglo XIX, por otra parte, las adolescentes más propensas a caer en la locura por la lectura fueron ampliamente reprobadas por los hombres. Las novelas así constituyeron un medio por el cual las mujeres renegaron de su

inocencia y fabricaban un paraíso artificial para escapar de la soledad de la vida privada o de un matrimonio precoz y arreglado.

Según lo que plantea Hooch-Demarle (1993) la mujer no podía saber demasiado ni muy poco, Françoise Mayeur (1993) complementa la idea señalando que la mujer debía saber hilar, cocer y cocinar, además de las ciencias del hogar y las artes de adornar, cuya finalidad fue conservar el hogar para sus esposos, las jóvenes burguesas por su parte aprendían a tocar el violín o el piano, a cantar, a dibujar o a usar la acuarela, tales actividades artísticas fueron consideradas como un refinamiento de la sensibilidad de la joven, lo que la hacía socialmente atractiva (Higonnet, 1993a).

El último aspecto que observaron los viajeros fue el referente a las cualidades físicas de las mujeres, su atractivo y proporciones. Hemos visto anteriormente como pareció fascinar a los europeos aquella soltura en los modales representada en la agitación del baile y el reproche frente a los bajos niveles de educación, no obstante, la atención dada a la apariencia de las mujeres resulta interesante, ya que tres de los cuatro viajeros dieron testimonio sobre estas cualidades femeninas.

Samuel Haigh (1917) señaló la belleza de las jóvenes y su cuidado cutis, Mathison las describe de la siguiente forma:

El aspecto personal de la generalidad de las mujeres predisponía mucho a su favor; cabellos negros brillantes, cejas oscuras y ojos negros y expresivos y decidores, una complexión cercana a la trigueña, con facciones menudas e irregulares, constituían el tipo dominante y característico estilo de la hermosura. (Medina, 1928, p.45)

Además, agregó que pocos de los viajeros que habían experimentado la fascinación por sus encantos no dejaban de darles grandes elogios. Gabriel Lafond (1911) por su parte realizó un análisis más profundo al respecto, ya que engloba tanto a hombres como mujeres:

Los chilenos forman un hermoso pueblo: los de clase elevada, sobre todo, distingúense (*sic*) por la belleza de sus formas. Como el indio de Chile es más robusto que el del Perú y hay poca mezcla de sangre africana en el pueblo, resulta que la raza mezclada con los europeos ha producido una bellísima raza; hombres y mujeres son altos, esbeltos y agradables

facciones, aunque un poco gruesas, sus ojos son de hermosa forma y sus cabellos de un negro azabache. Se ven pocos rubios y rubias. (p.48)

Las descripciones dadas por los viajeros se distanciaron del imaginario sobre el cuerpo de la mujer perteneciente a la clase alta europea, donde una piel fina y pálida era sinónimo de belleza, delicadeza y sensibilidad, lo que demostraba que salían poco y amaban su casa. También debían tener carnes mullidas para acunar niños, caderas redondas, senos abundantes y tejidos bien alimentados, que para los hombres se relacionaba de forma directa con las funciones de la naturaleza reproductora femenina (Knibiehler, 1993).

El viajero no representó de ninguna manera a la mujer chilena como una criatura frágil y delicada, sino más bien la dotó de características vivaces, ojos alegres y llenos de gracia. Además, todos los viajeros repararon que la gran mayoría de las mujeres no usaban corsé, cuya principal función estética era afinar el talle, resaltar el trasero y los pechos, pero que ejercía como un tutor de la dignidad física y moral, ya que permitió a la mujer decente el dominio de sus formas (Knibiehler, 1993), Lafond (1911) se refiere sobre el uso del corsé: “una cosa que me agradó mucho es que pocas chilenas se someten a la tiránica presión del corsé; sus talles por eso no eran menos flexibles ni menos elegantes” (p.25). Pudo el viajero representar en la mujer parte de esta idea de América como naturaleza salvaje, sobre todo en las mujeres jóvenes, dotándolas de características antagónicas a la feminidad europea, para construir de esta forma un relato que remaricara las diferencias culturales respecto a sus lectores.

Para el viajero, la construcción de la mujer chilena significó una doble tarea, ya que debió describir bajo un modelo de pensamiento basado en la diferenciación de los sexos, donde ellos como hombres eran sujetos del discurso y generadores de normas, mientras que en contraste la mujer fue considerada como un objeto de este discurso, el otro que debía someterse a la normativa masculina (Fraisie, 1993). Esto significó que, al construir el relato, se debió considerar al otro femenino bajo un doble matiz, el primero desde una perspectiva de género, y segundo como un otro culturalmente distinto. Para ello debió utilizar su propio imaginario sobre lo femenino por medio de los arquetipos dados por la literatura, las artes o la sociedad en

general, sumado al discurso de dominación cultural, la América salvaje de Humboldt y el paradigma modernizador europeo. Todas las perspectivas generaron una trasvasación de múltiples elementos respecto a la construcción de la percepción femenina por parte de los viajeros europeos.

3.- El relato femenino

A lo largo del capítulo nos hemos enfocado en una visión masculina sobre la construcción del imaginario femenino. Pero para poder establecer una perspectiva diferente sobre cómo se representó a la mujer chilena, resulta interesante abordar el testimonio proveniente de María Graham⁷, viajera inglesa que permaneció en Chile desde abril de 1822 a febrero de 1823. Mary Louise Pratt (2010) señala que su relato representó, junto con el de otras mujeres que visitaron el continente americano, un contraste con los escritos provenientes de la vanguardia capitalista, integrando la literatura de viaje desde una perspectiva femenina burguesa, lo que significó otra cara de la llamada reinvenición de América.

Al momento de construir el relato las mujeres siguieron una estructura diferente a la masculina, quienes sustentaron sus viajes en una trama lineal y pragmática propia de una narrativa de conquista, organizando sus viajes en torno a los lugares donde habitaban, lo cual funcionó como centro de su narrativa a pesar de la extensión de los viajes. Los relatos femeninos, no sólo fueron más urbanos que rurales, sino que su interés descriptivo fue diferente, enfocándose en la vida social y política, sus percepciones se basan en su sentido de independencia personal, propiedad y autoridad social, y no en la erudición científica, la supervivencia o aventuras. Pero al igual que los viajeros, reposaron en sus privilegios de clase y de raza, dando por sentado parte de las comodidades que viven a lo largo de sus experiencias (Pratt, 2010).

María Graham (1902) concuerda con el resto de los viajeros al narrar su aproximación hacia la naturaleza americana como un suceso sobrecogedor:

⁷ como resultado de su travesía publicó "*Journal of Residence in Chile during the year 1822. And a Voyage from Chile to Brazil in 1823*" en 1824, siendo publicados en Chile bajo el título "*Diario de mi Residencia en Chile en 1822 i de Viaje de Chile al Brasil*" el año 1902.

No puedo concebir espectáculo más glorioso que la vista de los Andes, que divisamos esta mañana al rozar el alba, cuando íbamos acercándonos a la tierra; como si surgiera del seno mismo del océano, sus cumbres eternamente nevadas brillaban con toda la majestad de la luz, mucho tiempo antes que se iluminara la tierra; súbitamente apareció el sol de detrás de ellos. (p.153)

Estas descripciones sobre naturaleza magnífica fueron comunes al interior del relato de viaje, donde la experiencia vivencial del autor se veía influida por el conocimiento previo de lo observado, ya sea la visión de Humboldt sobre América o relatos de viajeros anteriores, significando la incorporación de formas de percepción europeas para la creación de un modelo espacial fácilmente comprensible para el lector (Ette, 2008). Es decir, una descripción de lo desconocido mediante lo conocido. Colombi (2006) sobre este punto señala la existencia de una trama dominante, construida en base de elementos comparativos que ayudaron a hacer inteligible las diferencias, ocupando principalmente elementos ya conocidos como la cultura europea, africana u oriental.

En los relatos masculinos el enfoque hacia el paisaje correspondió a un discurso que se estructuró entre lo estético y lo económico, impulsado por fantasías de transformación y dominio (Pratt, 2010). Si bien María Graham también realizó apreciaciones sobre el desarrollo agrícola, recordando características de la vanguardia capitalista, no se enfocó en los aspectos anteriormente mencionados: “Me es grato decir que durante mi excursión a caballo vi varios campos que estaban en preparación para dedicarlos al cultivo, da pena ver tanta tierra fértil perdida aquí por la escasez de brazos”. (Graham, 1902, p.181)

Pero la autora va más allá y realiza una crítica a aquellos que fueron incapaces de apreciar la belleza del paisaje:

Me asombra no haber oído nunca encarecer la belleza de este camino⁸. Quizás los comerciantes que lo frecuentan van preocupados durante sus viajes de las ganancias y pérdidas mercantiles; y los oficiales de la marina inglesa, que van a la capital en busca de diversiones, piensan demasiado en los entretenimientos que les esperan para fijarse en las bellezas del camino.

⁸ Se refiere al camino entre Valparaíso y Santiago realizado por la cuesta Zapata.

Este me recuerda a los más hermosos paisajes de los Apeninos. (Graham, 1902, pp.245-246)

Esto se podría vincular hacia un cuestionamiento del modelo masculino de observación, demostrando lo arraigado que estaba el capitalismo industrial en el imaginario europeo, pero además ayuda a comprender la manera en que María Graham percibe el espacio que la rodea por medio de la comparación, donde busca dentro de sus recuerdos lugares conocidos con la intención de conocer y de alguna forma otorgarle emotividad a lo desconocido.

Pero al momento de conocer a los habitantes, el discurso sobre la alteridad fue el elemento central del relato (Cicerchia, 2000), las descripciones se retrataban a través de palabras, de tal forma que el lector fuese capaz de construir mentalmente la realidad descrita (Albuquerque, 2006). Consecuente a la inexistencia de herramientas para la descripción de otros seres humanos, fue necesaria utilizar una mirada eurocéntrica que ratificó un profundo sentimiento de superioridad, expresado en la holgazanería, rudeza y barbarismo asignados como hábitos fundamentales de las comunidades americanas (Cicerchia, 2000).

Todo aquí es atrasado con respecto a las conveniencias y mejoras de la vida civilizada, que si no recordase el estado de los *high-lands* de Escocia hace setenta años, sería de no creer que este país haya estado por más de tres siglos en poder de un pueblo tan culto y brillante como era el pueblo español, en el siglo XVI, cuando tomó por primera vez posesión de Chile. (Graham, 1902, p.167)

Ni siquiera en la proximidad inmediata de sus ciudades más grandes, el chileno ha sabido dotar a las casas de sus fundos un aspecto cómodo y compatible con la vida hogareña moderna: de acuerdo con la manera de vivir que se seguía hasta hace poco, se confirmaba con el mobiliario antiguo, adaptado al estado cultural muy bajo de los tiempos pasados. (Poeppig, 1960, p.74)

Tanto Lafond como Graham se apegan a lo que Ette (2008) señaló como una perspectiva frecuente de los viajeros europeos, la existencia de un tiempo común para toda la humanidad, lo que significó un eje temporal lineal en el que a su vez se podían relacionar distintos planos temporales. Esta concepción representó que el viaje temporal se convirtió necesariamente en movimiento del viajero entre los

diferentes grados de desarrollo cultural, histórico, económico y social, sin importar la valoración positiva o negativa.

Sin una vela, sin la espuma de una ola, sin nada que turbara su “temida quietud”, esas aguas permanecían así de inmóviles como el día de su descubrimiento. Pensé en el Templo del Sol del Cuzco; en Lima, con sus puertas de plata. Los Incas, los Pizarros y los Almagros, acudieron a mi memoria, semi-vivos al primer golpe de vista sobre un Océano que fue el escenario de sus hazañas. (Haigh, 1917, pp.59-60)

El onduloso valle llamado Cajón de Zapata, que se desplegó a nuestra vista cuando llegamos a la cumbre, sus boscosas hondadas y las nevadas montañas en el horizonte, formaban un bellissimo paisaje. El cielo estaba sereno, y la temperatura era deliciosa. En una palabra, aquello habría sido un paraje de Italia a no faltar allí los edificios y templos, signos de la presencia del hombre; pero aquí todo es aún demasiado nuevo, tal que uno casi no se sorprendería de ver salir un salvaje de entre los árboles más próximos o de oír rugir una fiera desde el cerro. (Graham, 1902, p.246)

Esta confrontación entre diferentes planos temporales fue una contribución esencial para el encanto y atractivo del relato de viaje y de gran parte de la literatura en movimiento (Ette, 2008). A grandes rasgos ésta es una de las principales similitudes en todos los relatos de viajes utilizados para esta investigación.

Mary Louise Pratt (2010) estableció el concepto de “exploratrix social”⁹ para identificar y diferenciar los relatos femeninos de los masculinos, más asociados a las exploraciones científicas o a la vanguardia capitalista. Pratt asoció a María Graham bajo este concepto relacionado con los trabajos llevados a cabo por las reformas sociales y trabajadoras de caridad, visitando pensiones, orfanatos, hospitales y barrios pobres.

Al igual que Lafond, Poeppig, Mathison y Haigh, María Graham interactuó con otras mujeres al interior de los hogares, en el espacio privado, que para la época representaba el lugar de la mujer en la sociedad, siendo el antídoto contra las malas costumbres (Rousseau, 2014). Pratt (2010) señala que para María Graham el mundo puertas adentro es la morada del yo, su casa se transforma así en un refugio y fuente de bienestar, “tomo posesión de mi casita del Valparaíso y siento un

⁹ Mary Louise Pratt rescata este concepto que utiliza Marie-Claire Hook-Demarle para analizar las obras de Flora Tristán y Bettina von Armin.

indescriptible placer al encontrarme sola y en medio de un gran silencio” (Graham, 1902, p.156). La descripción de su hogar formó parte importante de su relato, “mi casa es uno de los más acabados tipos de las viviendas chilenas” (Graham, 1902, p.157), “Las casas mejores, la mía, por ejemplo, tiene murallas muy sólidas” (Graham, 1902, p.166). Sin embargo, este mundo privado, para Graham, no tiene relación con una vida doméstica o familiar, sino que representa la ausencia de esta, un espacio de recogimiento donde la mujer se crea a sí misma con el propósito de salir resueltamente al mundo (Pratt, 2010).

Para el común de las mujeres el espacio que les correspondió habitar fue definido cómo cercano a la naturaleza y cómo un lugar netamente reproductor o de consumo, a diferencia del espacio productor asignado al hombre (Stuven, 2017). El espacio privado, conformado por el hogar, debía ser elegido por el marido quien contaba con la autoridad de obligar a la mujer a permanecer en el incluso mediante el uso de la fuerza (Arnaud-Duc, 1993). Por esto no resulta difícil concebir que gran parte de los testimonios referidos a mujeres sucedieron en espacios privados, vimos como para Mathison, Lafond, Haigh y Poeppig las tertulias resultaron fuentes básicas de sus observaciones, lo que también fue válido para María Graham (1902):

En la noche asistí a la tertulia de la familia Cotapos, en que hubo la música, baile y charla de costumbre, y pude observar que en Chile la belleza y el traje de una joven son criticados por los demás lo mismo que entre nosotros. Y ya que hablo de cosas femeninas, agregaré que jamás había visto tantas mujeres hermosas en un solo día como he visto hoy aquí. (p.256)

Si nos remitimos a la descripción realizada por Gabriel Lafond, su primera observación hizo referencia a la diferenciación de los sexos, y a su vez dividió las identidades femeninas, entre las mujeres solteras y casadas. Mientras que María Graham reveló que el juicio respecto a la apariencia de la mujer fue una característica común tanto en Chile como en Europa. Desde la perspectiva europea, como lo planteado por Rousseau (2014) la cualidad primera y más importante de las mujeres era la dulzura, ya que gracias a ella era capaz de obedecer a una criatura tan imperfecta como el hombre, debía ser dulce no por él sino por ella ya que volverse obstinadas no hacía más que aumentar el mal proceder de los esposos. “El cielo no las hizo insinuantes y persuasivas para volverse desabridas;

no las hizo débiles para ser imperiosas; no les dio una voz tan dulce para decir injurias” (Rousseau, 2014, p.585). Stuver (2011) señala que, bajo este paradigma, el hombre dice lo que sabe y la mujer lo que agrada, que se lograba mediante una educación encaminada exclusivamente hacia el cumplimiento de su única misión asignada por la sociedad, el hogar junto a su esposo e hijos.

Los cuatro viajeros también relataron las apariencias de las mujeres y del pueblo chileno en general, pero pareciese que María Graham observó con mayor atención la apariencia femenina sin el matiz condescendiente de los otros viajeros:

No me atrevo a asegurar que hubiera entre ellas alguna de extraordinaria belleza; pero sí puedo afirmar que tampoco vi ninguna fea. Son por lo común de mediana estatura, bien conformadas, de andar airoso, con abundantes cabelleras y lindos ojos, azules y negros, y en cuanto al sonrosado color de su tez, nunca lo puso más bello la diestra y pura mano de la naturaleza; pero ¡ay! La cariñosa mano de la naturaleza es generosa, más no prodiga, y estas lindas criaturas dotadas de tantos atractivos, tienen generalmente una voz desapacible y áspera, y en el cuello de algunas observé cierta tumefacción que indica que la papera o el bocio es frecuente en Chile. (Graham, 1902, p.256)

Esto se ve reflejado en la observación hacia los aspectos negativos de los cuerpos femeninos, que no es posible apreciar en ninguno de los relatos aportados por los otros viajeros, quienes a partir de mirar los comportamientos de las mujeres llevaron sus comentarios hacia el nivel cultural y educacional de la sociedad chilena en general. Aquello pudo deberse a la comprensión que se tenía en la época sobre el cuerpo femenino y su forma de ser representado, al ser la feminidad una cuestión de apariencias, la cultura del siglo XIX produjo un sinnúmero de imágenes de mujeres, las que contribuyeron en gran medida a la definición de lo que para entonces significó ser mujer (Higonnet, 1993b).

Los hombres que construyeron estas imágenes se vieron obligados a mantenerse apegados a las formas conocidas de representación femenina y que constituyeron los anteriormente mencionados arquetipos femeninos de la virgen, la seductora y la musa, utilizados en las artes (Higonnet, 1993b). Pero también debían representar lo que la mayoría de los textos sobre la mujer hablaban durante el siglo XIX, encarnar en ella los valores morales de la sociedad, formando una fuerte dicotomía que

tendría a la mujer oscilando entre Eva y María, virtuosa por la maternidad, pero pecadora por naturaleza (Stuven, 2017).

En los relatos masculinos, las mujeres estuvieron siempre representadas en su relación de pertenencia hacia los hombres, como madre, esposa e hija. Esto concuerda con lo que plantea Salazar (2019) sobre cómo las familias patricias privatizaron lo femenino al interior de la identidad patriarcal; primero como madre, asegurando la reproducción y traspaso patrimonial, luego como esposa y dueña de casa, garantizando la educación de la familia, como virgen para afianzar las conexiones matrimoniales y cuidar el linaje y por último como paradigma de devoción, preservando la lealtad de los poderes del más allá.

Contrastando con esta visión masculina, Marie Louise Pratt (2010) presenta el término “feminotopías” para describir aquellos mundos idealizados de autonomía, poder y placer femenino. Pratt toma como referencia el viaje realizado por María Graham a las afueras de Valparaíso, donde acompañada por una amiga visitan el lugar que se conoce como El jardín, una casa habitada solo por mujeres que las describe de la siguiente forma:

La dueña del jardín (...) parece ser muy vieja; tiene el pelo que le cae en una sola trenza por la espalda, completamente gris. Es alta y de muy buen aspecto de salud, y pronto llamó a tres de sus cinco hijas para que fueran a recibirnos. La más joven de ellas parece tener por lo menos cincuenta años: es alta, musculosa, bien hecha, con restos de una decidida belleza, el paso ágil y la voz agradable. (...) las otras dos, cuya apariencia no es menos atrayente, se nos juntaron y nos invitaron a pasear por el jardín. (Graham, 1902, p.204)

Las descripciones de estas mujeres las alejó del canon habitual de belleza femenina, como los planteados por Knibiehler (1993) sobre cuerpos débiles, delicados, de una belleza inmaterial. Para Pratt (2010) María Graham al introducir a estas mujeres en su relato, realizó una crítica al culto a la juventud y la valoración femenina basado únicamente en su función reproductiva.

También al interior de estas “feminotopías”, Graham narró episodios de sabiduría femenina, “Encontramos a la anciana señora sentada donde mismo la habíamos dejado, repartiendo consejos y plantas de varias clases a dos o tres mujeres y

algunos niños que se habían reunido allí” (Graham, 1902, p.205). Pero este saber femenino se encuentra ligado a la naturaleza y alejadas de la razón, la ciencia y la justicia los que no podían ser alcanzados por la mujer, gracias al modelo educativo dominante durante el siglo XIX (Stuven, 2011). Tal es la impresión que le causó a María Graham la conexión de estas mujeres con la naturaleza que comienza a describirlas con toques mágicos:

Hay algo en su aspecto cuando la rodean sus cinco altas hijas, que irresistiblemente me hace pensar en las hermanas brujas y sentirme medio inclinada a preguntarles quienes son “que no parecen habitantes de la tierra, y están sin embargo en ella”. (Graham, 1902, p.206)

Pratt (2010) nota como en este recorrido que realizó María Graham, su relato se tiñe con un aire oriental, y a su vez evoca representaciones alegóricas típicas europeas de América como una figura femenina, además de invocar la imagen del jardín del Edén. Esto resulta similar a lo planteado por Todorov (2005) y O’Gorman (1995) a raíz del descubrimiento y conquista del continente americano, cómo un lugar donde se volcó el imaginario europeo para construir este nuevo espacio. Mediante la construcción de estas “feminotopías” se buscó tejer tramas de autorrealización y fantasías de armonía social, decantando en un modelo impensable para Humboldt o la vanguardia capitalista, que la reinención de América coincidió con la reinención personal (Pratt, 2010).

El mundo femenino retratado por María Graham es uno lleno de contrastes, cómo lo observado en el uso del vestuario, la educación y algunos comportamientos. En relación con el primer punto, los cuatro viajeros solo resaltaron el desuso del traje tradicional español, mantenido solo por damas de mayor edad, por las nuevas modas europeas. Pero Graham en su calidad de espectadora femenina fue capaz de notar la existencia paralela de ambas formas de vestir, ligadas mayoritariamente al ceremonial católico.

Hoy día se celebró la fiesta de *Corpus* y fui a la iglesia matriz con mi amiga la señora Campbell (...). Salimos a la nueve de la mañana; ella se había quitado su traje a la francesa y adoptó el traje español: yo tuve que hacer lo mismo y hube de ponerme mantilla en lugar de sombrero, porque ese es el traje que se usa para ir a la iglesia. (Graham, 1902, p.192)

El cambio entre el traje español y las modas europeas, particularmente la francesa, se dio posterior a la independencia, cómo resultado del cambio de referentes hacia un estilo más moderno, por medio de una adaptación parcial y basada en las ideas generales de las tendencias. El traje a la francesa representó para las mujeres de la élite nacional una herramienta para afirmar su poder triunfante, y a su vez responde al deseo de ser o parecer francesas para diferenciarse de los rasgos españoles anticuados que aún mantenían sus madres o abuelas (Hurtado, 2011).

María Graham nos reveló este fenómeno en sus relatos, señalando “el vestido de la nieta no se diferencia mucho del de una francesa” (Graham, 1902, p.161), o cómo las mujeres de clase alta recurrían a modistas francesas a pesar de lo difícil que resultaba tener acceso a géneros de calidad. La importancia del traje para Graham pudo significar su forma de establecer la diferencia con las mujeres en Europa y así poder reconstruir sus apariencias para los lectores, hecho que no pareció tan relevante para los hombres que describieron a las mujeres del país.

En lo que se refiere a la educación femenina, se debe señalar dos diferencias básicas sobre como los viajeros observaron este fenómeno. Primero lo referente al tipo de educación que debían tener las mujeres durante la época, como se ha mencionado anteriormente más vinculado a su rol de madre y esposa, y en segundo lugar el cultivo intelectual que pudieran tener las mujeres en Chile. Para María Graham al igual que Samuel Haigh la falta de educación pareció otorgarles características positivas en lo que respecta al comportamiento y trato:

Aquí la falta de cultura hace que las mujeres tengan que recurrir a sus medios naturales de persuasión, la gracia y las caricias, y sin esto entra algo de astucia, es ésta la protección que la naturaleza ha dado al débil contra el fuerte. En Inglaterra una mujer ignorante es una grosera, a excepción de una entre diez, y como tal se conduce y trata a los demás. Aquí, la simplicidad de la naturaleza se aproxima a la más refinada educación y una jovencita inglesa, bien nacida y educada, no se diferencia mucho de las maneras de una niña chilena. (Graham, 1902, pp.197-198)

Lo primero que observó Graham concuerda con lo planteado por Rousseau (2014) sobre como la mujer se desenvuelve en este mundo marcado por la diferenciación de los sexos, donde las herramientas que posee para enfrentar al fuerte son su

facilidad para excitar los deseos del hombre, y a la vez satisfacerlos. Consecuente a esto, Rousseau establece que, al obligar al hombre a agradarle, la mujer debe aceptar dejarle ser el más fuerte. Mayeur (1993) explica que tradicionalmente la educación dada a las mujeres provenía del espacio privado, principalmente de la madre, donde aprendían los deberes de su sexo y la verdadera religiosidad. Esto se vio reflejado cuando Samuel Haigh (1917) dice: “Nunca falta el misal, la historia de los mártires y algunos libros religiosos” (p.41).

Giorgio (1993) apunta como la educación católica desde las primeras décadas del siglo XIX se enfoca en la mujer con la idea de conversión hacia los hombres, quienes se alejaron de la iglesia y presentan un importante grado de anticlericalismo. Hobsbawm (2009) también menciona la disminución del cristianismo practicante a inicios del siglo XIX, como parte de un proceso inicial dado por intelectuales prerrevolucionarios, que culminó con el triunfo de la Revolución Francesa. Por ello la iglesia de la Restauración necesitó feminizar las practicas con el propósito de que, por medio de la influencia femenina, los hombres vuelvan a la religión católica (Giorgio, 1993).

Tanto Mayeur (1993), Giorgio (1993) y Stuvén (2011), concuerdan en lo influyente que resultó la iglesia en la educación de las mujeres, en los países latinos fue el principal medio por el cual las niñas pertenecientes a las élites adquirieron algún tipo de conocimiento ligado exclusivamente a las tareas propias de su sexo. La enseñanza apuntaba a que las mujeres, quienes se encuentran en un estado infantil radical, tuvieran conocimiento del espacio que ocupaban en la jerarquía de los sexos, vinculadas a la familia, maternidad y religiosidad (Fraisie, 1993).

Tal fue la influencia de la educación católica en la sociedad, que Samuel Haigh comenta cómo un amigo inglés que visitó Chile 20 años atrás, se vio sorprendido al observar la visión sobre otras religiones:

Me informó que la opinión precitada¹⁰ estaba tan formada entre algunos de los habitantes, que cuando visitó Santiago por primera vez, una señora de edad, más curiosa que las demás, le levantó las colas de la levita para

¹⁰ “que todo protestante tenía una cola parecida a la atribuida al *maldito*” (Haigh, 1917, p.36)

comprobar, por una demostración ocular, si actualmente poseía ese “apéndice satánico”. (Haigh, 1917, pp.36-37)

Para la época en que Haigh visitó el país, estas muestras de ignorancia ya se encontraban mal vistas por gran parte de la población. Gabriel Lafond resalta la religiosidad de la sociedad nacional diciendo: “Como todos los españoles, los chilenos van a misa todos los domingos, muchas mujeres van diariamente, pero ellas no forman la generalidad” (Lafond, 1911, p.51).

Aparte de la educación y religiosidad femenina observada por los viajeros, el tema sobre el comportamiento de las mujeres era referido en todos los testimonios revisados, en los cuales se hacía hincapié en comportamientos que llamaron profundamente su atención, marcando la diferencia respecto a las expectativas de la época.

Las chilenas poseen una urbanidad natural y llana y maneras afectuosas que me encantan: pero a la vez he notado en ellas algunas costumbres desagradables. Por ejemplo, una rolliza y bella señora que vino hoy a palacio vestida de raso azul, se hizo poner delante de ella una escupidera, en que escupía sin cesar y con gran destreza, como para demostrar que estaba habituada a semejante maniobra. Sin embargo, las jóvenes aristocráticas y todas las que quieren ser tenidas por tales están abandonando rápidamente estos feos hábitos. (Graham, 1902, pp.263-264)

Como ha sido mencionado anteriormente, Michaud (1993), Hooek-Demarle (1993), Mayeur (1993) y Knibiehler (1993), argumentaron que el rol de la mujer al interior de la sociedad era de pasividad frente a la autoridad masculina, y su vez las mujeres debían mostrar ciertas características, como cortesía, delicadeza y recato. Por ello cuando se las describía, existía en contraste entre su apariencia y comportamientos no deseados: “Se encuentra, sin embargo, entre las mujeres, rostros de la más gran delicadeza: pero debo declarar también que el bello sexo está totalmente desprovisto de esa moderación y ese pudor que tan bien sienta a las mujeres” (Lafond, 1911, p.133).

La naturaleza femenina debía ser positiva, es decir maternal, que condujera hacia el bienestar. Si escapaba de este rol tradicional se convierte automáticamente en una fuerza perturbadora (Stuven y Fernandois, 2011). Rousseau (2014) afirma que la mujer es coqueta por condición, y por esta razón se encuentran a merced del

juicio de los hombres, ya que el honor femenino depende de la reputación y la conducta.

Dentro de los testimonios de los viajeros, el pasatiempo de la danza fue representado como un elemento distintivo dentro de la sociedad chilena, especialmente por sus diferencias con los bailes europeos. Mencionamos como Gabriel Lafond (1911) alababa la fluidez de las danzas y como las chilenas manifestaron por medio de estas su alegría, resultándole atractivas a gran parte de navegantes extranjeros poco habituados a estas. Mathison por su parte señaló que “el baile, la música y el galanteo” (Medina, 1928, p.34) fueron las únicas cosas que no le resultaron negativas dentro de la sociedad, a pesar de la baja calidad musical. Para Poeppig (1960), los chilenos en general la música y la danza los poseía bajo “una poesía natural demasiado vigorosa, para encontrar de nuevo deleite en la quietud de la conversación, después de haber sido excitados sus más vivos sentimientos” (p.118), la única distinción que realiza es sobre las características de lo que él considero el baile nacional, el cuando, el cual:

Es interpretado de esta forma poética al ser bailado por la buena sociedad, se manifiesta de una manera muy distinta al representarlo las clases que admiten la licencia de exteriorizar la más burda sensualidad. Queda degradado entonces a un espectáculo de repugnante crudeza. (Poeppig, 1960, p.274)

El baile pudo representar para estos viajeros, un peligro para la sexualidad femenina, la cual durante el siglo XIX se encontraba fuertemente controlada, ya sea por la religión, la sociedad masculina o las nuevas autoridades médicas (Walkowitz, 1993). La mujer bajo el modelo masculino tradicional, debía ser una inocente seducida (Michaud, 1993), pero la vivacidad demostrada en la danza las convirtió en todo lo contrario.

En contraparte María Graham antes de describir como la danza afecta los ánimos de las chilenas, critica la falta de calidad del baile en sí, en comparación con los europeos.

Cuando hay un número suficiente de personas comienza el baile, con un minué, que poco se parece, en verdad, al grave y majestuoso minué que

hemos visto en Europa. Grave es, sin duda, pero incorrecto y descuidado; no hay en él elegancia, finura, nada. (Graham, 1902, p.252)

Esto además acompañado con una descripción sobre el desarrollo de la música en nuestro país, y especialmente la importancia que se le dio a esta en los sectores acomodados de la sociedad:

Es asombroso el número de pianos importados de Inglaterra. Casi no hay casa en que no haya uno, y el gusto por la música es excesivo: muchas jóvenes tocan con destreza y gusto, aunque pocas se dan el trabajo de aprender por método, confiando enteramente en el oído. (Graham, 1902, p.173)

Desde ambos testimonios se puede comprender la penetración de las representaciones culturales europeas, tanto en el baile como en la música. Podríamos establecer en base a lo señalado por Hurtado (2011) respecto al vestuario, en una forma de aparentar cierta superioridad de clase respecto a otros sectores de la sociedad. Esto es visible en el empeño por parte de las jóvenes acomodadas de aprender música, que para el período era parte fundamental de los atributos esperados de una joven de clase alta. Las habilidades artísticas fueron para las mujeres el medio por el cual refinaron su sensibilidad y expusieron sus logros al interior de los salones familiares con el fin de ser socialmente atractivas (Higonnet, 1993b).

Este contraste entre los bailes europeos pobremente realizados y el exceso interés por la música, se vio reflejado en lo visto por Graham al avanzar la velada:

Después del minué se bailan alemandas, cuadrillas y danzas españolas. Estas últimas son muy graciosas, y tales como las he visto aquí me recuerdan a las poéticas danzas que suelen representar la antigua escultura y la pintura moderna; pero en aquellos tiempos el arte coreográfico no establecía tan íntimo contacto entre la juventud, alegría y belleza femenina y un compañero de baile. Sin embargo, aquí parecen estar habituados a ello, y reconozco que fue una tontería mía el haberme dejado alarmar por semejante espectáculo. (Graham, 1902, p.252)

Llama la atención como la autora manifiesta abiertamente que se dejó influir por sus propios antecedentes culturales, similar fenómeno observamos cuando Lafond (1911) menciona el estupor que le causó a un viajero recién llegado el comportamiento de las damas durante un almuerzo al aire libre. Como señala Said

(2004), respecto a sus apreciaciones sobre la cultura como concepto que incluye un elemento de refinada elevación, consistente en un registro de lo mejor que la sociedad ha conocido y pensado, que ayudará al viajero europeo a verse a sí mismo, su pueblo y su tradición bajo las mejores luces. Esto se ve claramente reflejado en todos aquellos testimonios donde existió algún tipo de juicio respecto a las mujeres chilenas o a la sociedad en general, siempre observada bajo este parámetro europeizante de la cultura.

Lo importante del testimonio de María Graham para este capítulo, recae en manifestar que existieron otras formas de reflejar un mismo fenómeno desde otro punto de vista, ya que tal como señalamos con Pratt (2010) la configuración del relato femenino presentó otras características, similar a lo planteado por Higonnet (1993b) sobre como las mujeres se construyeron a sí mismas a partir del mundo doméstico. Además, debemos considerar las propias características de María Graham. Primero como mujer burguesa, las cuales incorporaron expresiones artísticas y en el caso particular, la escritura (Higonnet, 1993b), asimismo por medio de la caridad y la filantropía las mujeres comenzaron a ocupar un espacio en la ciudad, que con el paso del tiempo modificaría la percepción del mundo, la idea sobre sí mismas y su inserción pública (Perrot, 1993), decantando esto en lo que Pratt (2010) refirió bajo el concepto de exploratrices sociales.

Segundo como viuda, enfrenta al mundo como una mujer sola, una anomalía para la cultura europea, en donde las mujeres sin marido iban contra la naturaleza femenina (Dauphin, 1993), esto le permitió conocer y explorar bajo su propia perspectiva, sin un hombre que estuviera guiando su recorrido.

A diferencia de los viajeros masculinos, quienes retrataron a las mujeres bajo tres ejes que sirvieron como punto de apoyo para reforzar las identidades de la mujer sujeto; primero la familia, entendida por el matrimonio y como célula primera de la sociedad, segundo la especie y por último la propiedad (Fraisie, 1993). Por ello la literatura del siglo XIX ejerció un dominio sobre los sujetos femeninos, representadas desde la visión masculina sexualmente dominante, y también exacerbada por las diferencias de clase (Higonnet, 1993b). Para Michaud (1993) el

siglo XIX ve en la mujer la herramienta para provocar un incendio de los espíritus, y devolver a la vida a su misterioso surgimiento. Por esto es posible apreciar cómo en los relatos de los viajeros las mujeres también representaron un mundo más natural y salvaje.

Todos estos elementos se los debe comprender dentro de las características de los libros de viajes, los que reflejaron los intereses, inquietudes de cada época, cultura y situación implicada en el itinerario del relato. Junto con que el tipo de información proporcionada por el viajero-escritor es bidireccional, ya que ilustra tanto sobre la cultura visitada como sobre el bagaje cultural y los prejuicios de quien visita (Albuquerque, 2006). También bajo la necesidad de los viajeros de clasificar y definir, en este caso específico a las mujeres en Chile, correspondiente a la consecuencia del proyecto totalizador europeo que tuvo como objetivo la construcción y explicación de su lugar en el mundo, donde mediante el acto de nombrar se producía el orden y la realidad del mundo, estableciendo la superioridad cultural europea.

A lo largo de este capítulo se pudo observar la existencia de como los viajeros provenientes de potencias industrializadas vieron en el continente americano un espacio para expandir su dominio político, económico y social. Esta América reinventada por Humboldt, abierta a la exploración científica y a la explotación comercial, significó una ola de viajeros dispuestos a clasificar y calificar este nuevo mundo bajo una perspectiva europea.

Los paisajes fueron los primeros en ser narrados por los viajeros, y aquellos debieron coincidir con las narraciones existentes, donde el *topos* América de planicie, cordillera y selva no se cumplió en todas las zonas visitadas en el país. Así la capacidad de describir el entorno se encontró basada en comparaciones geográficas provenientes desde Europa, pero al momento de representar las sociedades y en especial a las mujeres fue más notoria la carencia de métodos científicos.

Así, en los relatos sobre las mujeres fue posible observar que las mismas herramientas utilizadas para las descripciones del paisaje resultaron insuficientes para plasmar la realidad observada. Los viajeros debieron enfrentar la otredad desde sus propios conceptos respecto a lo femenino, Lafond, Mathison, Haigh y Poeppig aportaron una visión masculina respecto a los comportamientos y apariencias de las mujeres, entendido como una importante valoración a las normativas y a la diferenciación de los sexos. Lo importante para ellos fue evaluar y clasificar a las mujeres, para dar a conocer una realidad diferente al lector europeo. Es importante destacar nuevamente que al interior de estos relatos de viajes los testimonios referentes a la mujer no poseen una importancia similar a las descripciones de paisajes o a la travesía misma de los viajeros, por ello al momento de identificar las observaciones estas se enfocaron en rescatar elementos más superficiales.

En contraste, el relato de María Graham nos presenta un mundo femenino más integrado a la comprensión de la vida íntima de la mujer en Chile, manifestando de forma concreta como las críticas provenientes tanto desde la masculinidad hegemónica, como de las propias mujeres fueron las mismas que en Europa. Lo interesante de Graham, es que su experiencia no dista demasiado en lo relativo a la observación del paisaje, pero sí cuando describe la apariencia y comportamientos de las damas chilenas. Acentúa la diferencia en los relatos la imposibilidad masculina de afrontar críticas más profundas hacia la apariencia física de la mujer ya sea por el pudor característico de la época o la invisibilización generalizada hacia estos aspectos que pudieron ser considerados como frívolos y poco importantes al interior de un relato de viajes, cuyo enfoque trataba de ser científico.

CONCLUSIÓN

La construcción del imaginario femenino por parte de los viajeros europeos fue la manifestación de múltiples elementos que hemos desarrollado en esta investigación. Primero el contexto histórico nos sitúa en una Europa bajo profundos cambios sociales, políticos y económicos, los cuales son resultado del proceso de expansión científico-cultural, la revolución francesa y la revolución industrial. Estos hechos también significaron un cambio en el continente americano, ya que, debido al término del dominio colonial español, se presentó como un lugar susceptible de la explotación y absorción bajo los parámetros europeos, como la reinención de América llevada a cabo por Humboldt.

A lo largo de esta investigación, el contexto en el que nos situamos correspondió a los años entre 1817 a 1829 también significó cambios en Chile, que comenzó a afianzar su independencia política respecto a España. Durante estos años cinco viajeros europeos visitaron el país, Gabriel Lafond, Samuel Haigh, Eduard Poeppig, Gilbert Mathison y María Graham, los cuatro primeros representaron la visión hegemónica europea, bajo una visión exploradora y de avanzada capitalista. Así fue necesario desarrollar un segundo punto, el cómo se construyó el relato de viaje, sus características y desarrollo a lo largo de la historia, de esto pudimos concluir la presencia de un modo de escritura basado en la finalidad de la narrativa, la cual fue dar a conocer América a los lectores europeos. Los testimonios masculinos se enfocaron en un desarrollo lineal, con intervalos de descripciones científicas y subjetivas respecto al paisaje natural, relatos de dificultades y datos anecdóticos sobre la población. Es destacable concluir que se observó en las narrativas dos modelos; el de la América como naturaleza proveniente de Humboldt y el de la vanguardia capitalista, ambos visibles en todos los relatos.

El público objetivo siempre fue Europa, y a su vez se enmarca en una época donde este tipo de relatos poseía una enorme demanda, no solo en lo referente a América, sino también a Oriente, esto significó que el relato debía cumplir ciertas características o más bien el lector pudo esperar que aquellos relatos fueran un reflejo de lo que se pensaba sobre un determinado espacio.

Respecto a quienes describieron Chile, siempre lo hicieron conscientes de las ideas previas sobre el continente. Fue posible observar en los relatos, comparaciones constantes a lo más esperado, la selva de abundante verdor, que no se cumplió en ninguno de los paisajes observados, y menos aún se encontraron características de la vida tropical en la población nacional. La búsqueda europea de lo exótico falló en Chile.

Como tercer punto, gran parte de los viajeros notó que había diferencias de comportamiento relevantes entre las mujeres, por lo que narraron estas particularidades para generar un contraste entre la sociedad europea y la chilena. Ciertas mujeres de mayor edad fueron consideradas como mujeres “con clase”, lo que las acercó a un estándar cultural europeo, mientras que las mujeres jóvenes parecieron reflejar una obsesión con la búsqueda de lo exótico y salvaje. Aquí brotan los prejuicios propios de la cultura masculina europea; el juicio constante a la educación y comportamiento de las mujeres como un reflejo de la sociedad completa.

Aparecen valoraciones de lo que se espera de la mujer, su relación con el hogar y su rol dentro de la diferenciación de los sexos. Antagónicas a esto se observaron algunas mujeres jóvenes, que dejaron atrás la pasividad esperada, y reflejaron una vivacidad e ímpetu poco característicos de su género, pero que a su vez se relacionó por parte de los viajeros a la juventud del desarrollo cultural del país o a las características benignas del clima de la zona, con inviernos suaves y veranos calurosos.

Así como resultado de la investigación fue posible comprender que la finalidad principal de los relatos de viajes producidos por hombres fue dar a conocer al mundo europeo su visión de la realidad americana, en este caso en particular la chilena, por medio del método Humboldtiano y la vanguardia capitalista reflejaron una mixtura entre la realidad observada y los prejuicios europeos. Todos los relatos utilizados en esta investigación realizaron a lo largo de sus páginas resúmenes de la historia de Chile y del inicio de su independencia, enfocándose en la sociedad y economía del país. Sin contar a María Graham, las descripciones sobre las mujeres

aparecieron solo como datos anecdóticos, como un contraste entre lo cotidiano de la vida social masculina y la peculiaridad de la sociabilidad femenina, de una sociedad que intentó parecer europea en un contexto de marcada expansión cultural de este continente.

La observación de otras sociedades fue remplazada por el imaginario propio de quien observó, lo que acudieron a sus propias influencias culturales para evaluar, clasificar y comprender el comportamiento femenino, con la finalidad de darlos a conocer a los lectores europeos, quienes mediante una conciencia occidental soberana afirmarían su propia identidad

Queda claro que la situación de las mujeres durante este periodo no fue favorable ni en Europa ni América, menos aún en Chile. Relegadas al espacio doméstico y sometidas a la autoridad masculina, para los viajeros, a excepción de María Graham, las chilenas no merecieron una categorización propia, e incluso es posible señalar que parte de ellas constituyó inmediatamente una anomalía; el resultado de una hibridación europea, con las costumbres del nuevo continente copiadas de una forma lamentable y solo en lo superficial. La crítica constante no aparece como una manera de plantear un descontento frente a la expectativa de lo que se esperó encontrar, como en el caso del paisaje, sino que apunta directamente a la percepción que se tenía sobre el rol de la mujer en la sociedad, sustentado por filósofos, gobernantes y autoridades médicas.

Es posible reflexionar que al observador masculino extranjero le llamó negativamente la atención el comportamiento femenino aún más que el de su propio género, ya que existió durante esta época un fuerte control del comportamiento femenino. Para ellos la falta de educación en las jóvenes, la pobreza de sus lecturas, lo rudimentario de sus hábitos sociales, el exceso de coquetería, su fascinación por la danza e incluso la vivacidad de su mirada, fueron los elementos que contrastaron con lo que culturalmente se entendía por femineidad.

Lo que queda de manifiesto en los relatos de estos viajeros, es que la observación de tipo científica solo se orientó a aquellos elementos que era posible categorizar bajo este modelo. La sociedad por su parte adquirió aspectos de curiosidad, de una

nación en formación y como testigos de un cambio histórico, pero al momento de observar el mundo privado todos los prejuicios europeos encontraron su espacio. El desarrollo cultural, los pasatiempos y apariencias se midieron bajo el paradigma europeo masculino, es decir, la trasvasación ocurrió bajo esta instancia, cuando el observador intenta transferir las características que le resultan más similares a un sujeto totalmente desconocido.

Tras la lectura y el análisis de los relatos y atendiendo al contexto estudiado, es posible aseverar que Lafond, Mathison, Poeppig y Haigh, no intentaron comprender la realidad histórica de las mujeres en Chile. Al encontrar similitudes estéticas, debido a la penetración de las modas europeas, pudieron asumir de forma errónea que también permearon en ellas manifestaciones más profundas de la cultura europea, como el refinamiento y la educación. Como reflexión final, el problema del relato a través de la observación de los viajeros fue asumir una superioridad general; una condescendencia en su crítica, guardando cierta similitud con las primeras descripciones de los indígenas americanos, hubo dignidad, cierto porte y características físicas armónicas, pero a su vez una ignorancia y curiosidad que rozaba el sometimiento frente al conquistador.

BIBLIOGRAFÍA

- Albuquerque, L. (2006). Los "libros de viajes" como género literario. En J. Pimentel, & M. Lucena Giraldo (Eds.), *Diez estudios sobre literatura de viajes* (pp. 67–87). Recuperado de <http://digital.csic.es/handle/10261/41636>
- Albuquerque, L. (2011). El 'relato de viajes': hitos y formas en la evolución del género. *Revista de literatura*, 73(145), 15–34. Recuperado de <http://revistadeliteratura.revistas.csic.es/index.php/revistadeliteratura/article/view/250>
- Arnaud-Duc, N. (1993). Las contradicciones del derecho. En G. Duby, & M. Perrot (Eds.), *Historia de las Mujeres en Occidente. Tomo 7* (pp. 91–126). Madrid, España: Taurus.
- Bruun, G. (1993). *La Europa del Siglo XIX (1815-1914)*. Santiago, Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Cicerchia, R. (2000). *De diarios, mapas e inventarios. La narrativa de viaje y la construcción de la modernidad*. Documento presentado en 19th. International Congress of Historical Sciences, University of Oslo, Oslo, Noruega. Recuperado de <https://www.oslo2000.uio.no/program/papers/s17/s17-cicerchia.pdf>
- Colombi, B. (2006). El viaje y su relato. *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos*, (43), 11–35. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/640/64004302.pdf>
- Croce, B. (1996). *Historia de Europa en el siglo XIX*. Barcelona, España: Ariel.
- Briseño, R. (1965). *Estadística Bibliográfica de la Literatura chilena. 1812-1876. Tomo I*. Santiago, Chile: Universitaria.
- Giorgio, M. de. (1993). El modelo católico. In G. Duby, & M. Perrot (Eds.), *Historia de las Mujeres en Occidente. Tomo 7* (pp. 183–214). Madrid, España: Taurus.

- Duby, G., & Perrot, M. (Eds.). (1993a). *Historia de las Mujeres en Occidente. Tomo 7*. Madrid, España: Taurus.
- Duby, G., & Perrot, M. (Eds.). (1993b). *Historia de las Mujeres en Occidente. Tomo 8*. Madrid, España: Taurus.
- Fraisse, G. (1993). Del destino social al destino personal. Historia filosófica de la diferencia de los sexos. En G. Duby, & M. Perrot (Eds.), *Historia de las Mujeres en Occidente. Tomo 7* (pp. 57–88). Madrid, España: Taurus.
- Gallardo, V. (2012). Rugendas, artista viajero y su aporte a la construcción de la representación indígena. *Tiempo Histórico*, (4), 67–86. Recuperado de <http://bibliotecadigital.academia.cl/bitstream/handle/123456789/1228/67-86.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Godineau, D. (1993). Hijas de la libertad y ciudadanas revolucionarias. En G. Duby, & M. Perrot (Eds.), *Historia de las Mujeres en Occidente. Tomo 7* (pp. 23–39). Madrid, España: Taurus.
- Godoy, H. (1982). *La Cultura Chilena*. Santiago, Chile: Universitaria.
- Graham, M. (1902). *Diario de su residencia en Chile (1822) y de su viaje al Brasil (1823): San Martín-Cochrane-O'Higgins*. Madrid, España: América.
- Haigh, S. (1917). *Viaje a Chile durante la época de la Independencia*. Santiago, Chile: Imprenta Universitaria.
- Higonnet, A. (1993a). Mujeres e imágenes. Representaciones. En G. Duby, & M. Perrot (Eds.), *Historia de las Mujeres en Occidente. Tomo 7* (pp. 297–317). Madrid, España: Taurus.
- Higonnet, A. (1993b). Las mujeres y las imágenes. apariencia, tiempo libre y subsistencia. En G. Duby, & M. Perrot (Eds.), *Historia de las Mujeres en Occidente. Tomo 7* (pp. 271–295). Madrid, España: Taurus.
- Hobsbawm, E. (2009). *La Era de la Revolución, 1789-1848* (6ª ed.). Buenos Aires, Argentina: Crítica.

- Hook-Demarle, M. C. (1993). Leer y escribir en Alemania. En G. Duby, & M. Perrot (Eds.), *Historia de las Mujeres en Occidente. Tomo 7* (pp. 159–180). Madrid, España: Taurus.
- Hurtado, M. (2011). Cuerpo y mujer chilena en la urbe ilustrada del siglo XIX. En A. M. Stuvan, & J. Fernandois (Eds.), *Historia de las mujeres en Chile* (pp. 375–000). Santiago, Chile: Taurus.
- Knibiebler, Y. (1993). Cuerpos y corazones. En G. Duby, & M. Perrot (Eds.), *Historia de las Mujeres en Occidente. Tomo 8* (pp. 15–59). Madrid, España: Taurus.
- Lafond, G. (1911). *Viaje a Chile*. Santiago, Chile: Imprenta Universitaria.
- Larraín, J. (2001). *Identidad chilena*. Santiago, Chile: LOM Ediciones.
- Manzini M, L. (2011). Las viviendas del siglo XIX en Santiago de Chile y la región de Cuyo en Argentina. *Universum (Talca)*, 26(2), 165–186.
- Mayeur, F. (1993). La educación de las niñas: el modelo laico. En G. Duby, & M. Perrot (Eds.), *Historia de las Mujeres en Occidente. Tomo 7* (pp. 253–269). Madrid, España: Taurus.
- Medina, J. T. (1922). Santiago y Valparaíso ahora un siglo: relato de un viajero inglés. *Revista chilena de Historia y Geografía*, 42(46), 16–37.
- Michaud, S. (1993). Idolatrías: representaciones artísticas y literarias. En G. Duby, & M. Perrot (Eds.), *Historia de las Mujeres en Occidente. Tomo 7* (pp. 135–157). Madrid, España: Taurus.
- Mosse, G. (1997). *La cultura europea del siglo XIX*. Barcelona, España: Ariel.
- Perrot, M. (1993). Salir. En G. Duby, & M. Perrot (Eds.), *Historia de las Mujeres en Occidente. Tomo 8* (pp. 155–186). Madrid, España: Taurus.
- Poeppig, E. (1960). *Un testigo en la alborada de Chile*. Santiago, Chile: Zig-Zag.
- Pratt, M. L. (2010). *Ojos Imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.

- Sagredo, R. (Ed.). (2010). *Ciencia-mundo: Orden republicano, arte y nación en América*. Santiago, Chile: Universitaria.
- Said, E. (2008). *Orientalismo* (2ª ed.). Barcelona, España: Debolsillo.
- Salazar, G. (2019). *Patriarcado mercantil y liberación femenina (Chile, 1810-1930)*. Santiago, Chile: Penguin Random House.
- Salazar, G., & Pinto, J. (2002). *Historia contemporánea de Chile IV*. Santiago, Chile: LOM Ediciones.
- Salazar, G., & Pinto, J. (2010a). *Historia contemporánea de Chile I* (10ª ed.). Santiago, Chile: LOM Ediciones.
- Salazar, G., & Pinto, J. (2010b). *Historia contemporánea de Chile II* (10ª ed.). Santiago, Chile: LOM Ediciones.
- Salazar, G., & Pinto, J. (2014). *Historia contemporánea de Chile III* (10ª ed.). Santiago, Chile: LOM Ediciones.
- Sanhueza, C. (2010). Eduard Poeppig: En busca del hombre tropical en la América Latina del siglo XIX. En R. Sagredo (Ed.), *Ciencia-mundo: Orden republicano, arte y nación en América* (pp. 147–165). Santiago, Chile: Universitaria.
- Sledziewski, E. (1993). Revolución Francesa. El giro. En G. Duby, & M. Perrot (Eds.), *Historia de las Mujeres en Occidente. Tomo 7* (pp. 41–55). Madrid, España: Taurus.
- Stuven, A. M. (2011). La educación de la mujer y su acceso a la universidad: un desafío republicano. En A. M. Stuven, & J. Fernandois (Eds.), *Historia de las mujeres en Chile* (pp. 335–374). Santiago, Chile: Taurus.
- Stuven, A. M. (2017). *La República en sus laberintos: Ensayos sobre política, cultura y mujeres en el siglo XIX chileno*. Santiago, Chile: Legatum.
- Stuven, A. M., & Fernandois, J. (Eds.). (2011). *Historia de las mujeres en Chile*. Santiago, Chile: Taurus.

- Todorov, T. (2005). *La Conquista de América. El problema del otro* (14ª ed.). México, México: Siglo XXI.
- Vicuña Mackenna, B. (1877). *Ensayo Histórico sobre el clima de Chile (desde los tiempos prehistóricos hasta el gran temporal de julio de 1877)*. Valparaíso, Chile: Imprenta del Mercurio.
- Vitale, L. (1971). *Interpretación Marxista de la Historia de Chile. Tomo III*. Santiago, Chile: Prensa Latinoamericana.
- Walkowitz, J. (1993). Sexualidades peligrosas. En G. Duby, & M. Perrot (Eds.), *Historia de las Mujeres en Occidente. Tomo 8* (pp. 63–96). Madrid, España: Taurus.
- Wulf, A. (2017). *La invención de la naturaleza. El nuevo mundo de Alexander von Humboldt*. Santiago, Chile: Taurus.